

D-2271

FISIOGNÓMICA COMPARADA DE LAS LENGUAS CATALANA Y CASTELLANA

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 27 DE NOVIEMBRE DE 1955

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

DR. DON ANTONIO M.^a BADÍA MARGARIT

EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS
DE BARCELONA

Y CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO NUMERARIO

DR. DON LUIS PERICOT GARCÍA



BARCELONA

1955

**FISIOGNÓMICA COMPARADA DE LAS
LENGUAS CATALANA Y CASTELLANA**

FISIOGNÓMICA COMPARADA DE LAS LENGUAS CATALANA Y CASTELLANA

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 27 DE NOVIEMBRE DE 1955

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL

DR. DON ANTONIO M.^a BADÍA MARGARIT

EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS
DE BARCELONA

Y CONTESTACIÓN DEL ACADÉMICO NUMERARIO

DR. DON LUIS PERICOT GARCÍA



BARCELONA

1955

EXCELENTÍSIMO SEÑOR ;
SEÑORES ACADÉMICOS ;
SEÑORAS Y SEÑORES :

Ya es de ritual comenzar los discursos académicos como el presente con unas alusiones a aspectos subjetivos y personales del nuevo miembro de la Corporación, quien relata su emoción al ingresar en ella, denuncia la poquedad de sus propios méritos personales y científicos, promete colaboración inquebrantable y expresa agradecimiento profundo. Pues bien, el que ha sonreído algunas veces al comprobar el triunfo universal de los tópicos, ha de confesar, ahora que se encuentra en el trance, la necesidad que siente de profesar estos aspectos subjetivos y personales. Mi primera impresión, cuando supe que se proponía (y que luego era aceptado) mi nombre como futuro Académico, fué de sorpresa : me resultaba difícil de admitir que unos pocos años de tareas científicas y docentes me introdujeran, así, sin más, en vuestra sapiente Institución. De la sorpresa pasé a los intentos de justificar la decisión de esta docta Corporación, que así me ofrecía sentarme en uno de sus sillones, e inspeccioné aquello de la poquedad de mi haber científico, a que antes hacía alusión : mis pobres trabajos científicos, vistos ahora con ojos de futuro Académico, no me parecía que adquiriesen más valor por ese hecho, quedaban lo mismo que antes. Pero si mi inspección dejaba mis trabajos como antes, me llevó, por otra parte, a una doble conmemoración personal, lo cual — hablo dando rienda suelta a apreciaciones subjetivas — está muy de acuerdo con mi manera de ser, siempre gustosa de volver la mirada hacia atrás : en el pasado año 1954, más exactamente por los días de febrero en que esta Academia me votó miembro suyo, se cumplieron diez años de mi primera lección, balbuciente y temblorosa, en la Universidad de Barcelona, expuesta ante una promoción de estudiantes que para mí eran todavía más amigos y compañeros que alumnos en su sentido recto. También se cumplían diez años, en el de 1954, de la publicación de mi primer trabajo científico, para el cual la «Revista de Filología Española» de Madrid me había abierto,

generosa (sin duda, visto desde ahora, demasiado generosa), las puertas. De esta doble conmemoración personal pasé, finalmente, a valorar la responsabilidad en que incurría aceptando el ofrecido ingreso en esta Academia, responsabilidad que está en evidente relación con vuestra largueza ; habéis sido muy generosos conmigo, señores Académicos, os han bastado diez años de labor, de eso sí, esforzada y dedicada labor, para llamarme a vuestras filas. Y así resulta que vuestra llamada no es, en mi caso, como en los más, para premiar una actuación pretérita y, por tanto, ya efectiva, sino para asegurar la recolección de unos frutos sólo columbrados, cuyo madurar así estimuláis. De ahí esa bella generosidad vuestra, que ya he dicho ; de ahí, también, esta grave responsabilidad mía, que igualmente he insinuado. La conciencia de la responsabilidad que contraigo aquí, robustece mi obligación moral de cultivar el quehacer científico. Siempre he creído firmemente en el concierto universal de todos los elementos, y por ende de los hombres, concierto establecido por la infinita sabiduría de Dios ; dentro de esta armonía, los hombres pueden acercarse a la felicidad, e incluso saborear anticipos terrenos de ella, si permanecen fieles de algún modo a la vocación con que han sido señalados en un principio. Bienhadados han de considerarse, pues, organismos que, cual esta docta Academia, frente a las asperezas que dificultan la dedicación a la ciencia, ofrecen el suave consuelo del contacto entre sus miembros, de la vida corporativa y del estímulo mutuo, y fortalecen y ayudan en su perseverancia a estos miembros suyos. Después de este largo preámbulo, ya sólo me queda, señores Académicos, deciros mis gracias por haberme hecho partícipe de vuestra casa y de vuestras actividades, y aseguraros que, si yo he de beneficiarme del contacto con vosotros en la vida de la Corporación, en buena ley de economía podéis también disponer de mí y de mis cosas en todo y para todo.

Vengo a ocupar, en esta docta casa, el sitio de un hombre que también creía en el concierto universal de los elementos cuya fe acabo de profesar, y no ya sólo por su carácter sacerdotal, sino también por su fidelidad a la vocación humana que explica, en firme y constante unidad, todas sus manifestaciones a lo largo de una vida fecunda e idealizada, al servicio de Dios y de la cultura patria. Sacerdote, poeta, crítico literario, historiador, bibliólogo, publicista, académico, todas sus actividades vienen selladas por una dedicación abnegada y ejemplar. Nacido en Barcelona el 25 de julio de 1879, toda la vida de Mosén Barrera transcurrió en Barcelona y en torno a instituciones barcelonesas : aquí escribía sus trabajos de creación o de erudición ;

aquí desarrolló su labor en el profesorado, en la prensa y en los libros, y aquí murió a la edad de sesenta y tres años.

Como poeta destaca con la publicación de *Ministerials* (Barcelona, 1908) y con una variada producción de poesías, muchas veces laureadas en distintos certámenes y concursos.

Como historiador de la literatura y crítico literario, son harto elocuentes sus enseñanzas, durante largos años (hasta 1936), desde la cátedra de Retórica e Historia de la Literatura, en el Seminario Conciliar de Barcelona, y su cargo de Censor eclesiástico diocesano, desempeñado con toda honradez. Fué uno de los fundadores de la «Biblioteca Clàssica Catalana», dentro de la cual publicó una edición de las poesías de Ausias March (Barcelona, 1908-09). Por la misma época publica su estudio sobre *Los místics jardins de la literatura catalana antiga*, que comprende «Los cantors de la Sagrada Passió de Crist» (Barcelona, 1909). Estos temas le interesan y reitera su atención; recuérdense su *Sentenciari del Kempis-Pèrç* (Barcelona, 1911), *L' escriptora mística sor Isabel de Villena*, la nota editorial que antepuso al *Psalteri trelladat de latí en romanç*, publicado por Octavi Viader (San Feliu de Guíxols, 1928), y aun, años después, escribe el prólogo al *Tríduo Sacro, Colección de poesías en que se expresan los Misterios de la Pasión y Resurrección de N.º Sr. Jesucristo*.

Pero no le ocupan solamente los trabajos sobre temas más especializados, sino que aspira por igual a visiones de conjunto, como lo prueban *Cultura Catalana* y *De literatura comparada* (discurso que pronunció en el Seminario Conciliar, en el acto inaugural del curso 1925-26).

Las actividades de Mosén Barrera, ya más específicamente como historiador, se concretan, dejando aparte varias monografías de erudición, en su labor de cátedra al frente de las enseñanzas de Paleografía y de Historia eclesiástica, en el Seminario, después de la guerra civil, y en su colaboración en el Patronato del Monasterio de Poblet, del que fué Secretario; con ello continuaba una antigua dedicación suya, en favor de la reconstrucción del real cenobio, que explican tanto su interés por la historia de Cataluña como su vieja e íntima amistad con don Eduardo Toda.

Otro interesante aspecto de la laboriosidad de Mosén Barrera fué el de la bibliología; de sus conocimientos en él responden sus cargos de Bibliotecario del Seminario Conciliar y de Delegado episcopal en el Consejo Provincial de Archivos y Bibliotecas, y publicaciones como *Bibliología y Bibliografía*, o bien *Una casa editorial barcelonesa: De Juan Jolis a los Herederos de la Viuda Pla*, o bien el discurso que

pronunció al ingresar en esta Corporación, al que aludiré después.

Pero, por encima de todo, Mosén Barrera fué trabajador incansable como publicista. Ejerció la dirección de la revista «La Hormiga de Oro» y de «Exercitatorium», revista que fué del Seminario Conciliar, y colaboró en varios periódicos, entre los que sobresale «L'Observatore Romano». La verdadera raíz de su labor de publicista fué, de todas formas, el rotativo barcelonés «El Correo Catalán»; entró en él en 1911, trabajó en su seno ininterrumpidamente toda la vida, y allí le sorprendió la dolencia que, pareciendo inocua en sus inicios, en pocos días lo arrebató de esta vida terrena. En este diario fué consejero, orientador, redactor polifacético, sobre todo de temas literarios, y escribió firmando con varios seudónimos, de los cuales el que más utilizó fué el de «Jorge Miranda». En sus últimos años abrió en el mismo diario un interesante consultorio de libros o «Bibliófilos y Libreros», desde donde resolvía consultas que se le hacían, bajo el seudónimo de «Biblión».

Natural es que, desarrollando tan generosamente actividades en todos los campos de las letras, Mosén Barrera fuese llamado a compartir las tareas de varias corporaciones científicas. Así, en mayo de 1922 fué recibido como Académico de número por esta Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, leyendo un discurso sobre *Els Torres Amat i la Biblioteca Episcopal del Seminari de Barcelona*, trabajo que responde a su reiterada orientación de bibliólogo. Fué asimismo Correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Jorge de Barcelona, de la Real Sociedad Arqueológica de Tarragona y de la Real Academia Gallega de La Coruña.

Mosén Barrera falleció el 9 de diciembre de 1942. Todos los que en esta ocasión esbozaron semblanzas del ilustre sacerdote coincidían en destacar su profunda modestia y sencillez, presentándolo como persona que gustaba de velar su nombre y actividad en la oscuridad y el silencio, y que evitaba sistemáticamente los homenajes. Sacerdote, publicista, catedrático y académico, en Mosén Barrera prevalecía, como es natural, el sacerdote; nada pesaba tanto en él como ese carácter del ungido de Dios que sabe que, si algo es, lo debe por entero a los talentos recibidos del Señor, nunca a su propio valer, y que sabe que al Señor ha de dar cuenta un día de cómo ha utilizado esos talentos recibidos. De esta manera nos lo presentaba «El Correo Catalán» del día siguiente, en una semblanza rápida, nerviosa, pero hondamente sincera, como todo lo que escribimos los hombres en momentos de tribulación ante pérdidas irreparables; decía, pues, de él «su» periódico: «Así fué nuestro Mosén Barrera ante todo y sobre todo: el sacerdote bueno, ejemplar, sacrificado y celosísimo;

con rasgos fisonómicos de asceta y mirar abstracto de docto, pero pulcro y atrayente con la venerabilidad de su mucho saber y la humildad sincera de creerse último y el más indigno. Primero en el estudio, la investigación o el trabajo, hurtábase siempre al elogio, la exhibición y el ruido» (10-XII-1942).

FISIOGNÓMICA COMPARADA DE LAS LENGUAS CATALANA Y CASTELLANA

Vacílase frecuentemente, en ocasiones como ésta mía de ahora, sobre la elección del tema de la oración académica. Pero, si he de ser sincero, diré que, por la acción concatenada de varias premisas (derivadas de imperativos personales, académicos y ambientales), llegué pronto, muy pronto, a establecer el tema de la presente disertación. Ésta no podía salirse del campo lingüístico, por un criterio de honradez profesional, ya que a la lingüística consagro mi docencia universitaria y mi labor de investigación; al tener que concertar esta especialización mía con las orientaciones fundacionales de la Academia — prioridad de la cultura catalana — y en la necesidad de encontrar un asunto que, dentro de la aridez de los estudios lingüísticos, pudiese interesar aquí, creo que di con uno de los pocos que tienen cierta viabilidad: si yo cultivo las dos lingüísticas, catalana y castellana, me dije, el establecimiento de las bases para una comparación entre las dos lenguas puede ser altamente beneficioso, con vistas a su caracterización idiomática. Con ello, volvía a un tema que me interesa desde hace tiempo, que pienso estudiar un día más a fondo de lo que hago hoy, y del cual el presente discurso constituye las primicias que ofrezco a la Real Academia de Buenas Letras. Como ocurre muchas veces, la rotulación de mi trabajo es aquí excesivamente prometedor, por razones de comodidad, y, casi es lo mismo, de simplificación; debiérase modificar en «Datos» o «Elementos» para la fisiognómica comparada de las lenguas catalana y castellana, y así lo declaro honradamente ya desde ahora, para no defraudar después.

INTRODUCCIÓN

La tesis general de nuestra fisiognómica comparada es que el catalán es una lengua arcaizante en relación con el castellano, o, si lo queremos formular de otras maneras, tanto podemos sentar que el catalán ha permanecido menos evolucionado, y por tanto es más fiel al punto de partida latino que el castellano, como que el castellano ha llevado muy lejos su evolución, alejándose más que el catalán de la lengua madre de ambas, como, en fin, que, incluso después de la constitución efectiva de las lenguas románicas peninsulares, el catalán ha sido más lento que el castellano en su marcha hacia una mayor madurez idiomática. El caso es que el castellano antiguo presenta una serie de rasgos lingüísticos que todavía hoy mantiene el catalán, y los ejemplificaremos sobre todo en la frase, ya que los lingüistas se han preocupado menos, en general, de sintaxis histórica que de los demás aspectos de la historia lingüística. A esta caracterización paralelística pensamos llegar recogiendo, y también matizando, cuanto han establecido los filólogos que, como Walther von Wartburg y Amado Alonso entre otros, se han interesado en los últimos años por las relaciones entre las lenguas románicas.

EL CATALÁN, ENTRE GALORROMANIA E IBERORROMANIA ¹

Al despertarse, entre los eruditos catalanes del siglo pasado, la conciencia de la personalidad pretérita de su pueblo y de las letras catalanas medievales, identificaron todos ellos, en general, la lengua catalana con la provenzal, sin darse cuenta de que así iniciaban un confusionismo largo y peligroso, sólo superado en época relativamente reciente. Esa identificación resulta hoy claramente justificada por dos grupos de razones: unas, lingüísticas, ya que una gran mayoría de rasgos evolutivos (fonéticos, morfológicos, sintácticos) y de criterios léxico-semánticos son comunes a ambas lenguas; otras, his-

1. En general, véase nuestra *Gramática histórica catalana*, 1951, §§ 2 y 3, pp. 24-30, y FRANCISCO DE B. MOLL, *Gramática histórica catalana*, Madrid, 1952, pp. 24-33.

tórico-literarias : por la misma afinidad lingüística mencionada, por una íntima y multiseccular relación entre Cataluña y el Sur de Francia que la historia justifica, y por el hecho de que los escritores catalanes medievales, especialmente los poetas, se expresaban en provenzal, se generalizó una fuerte influencia provenzal sobre toda la poesía catalana antigua, e incluso la prosa primitiva presenta frecuentes provenzalismos, que habrá que atribuir tanto a la inspiración temática común como a ese ambiente de influencia lingüística general. Nuestros hombres de la *Renaixença* comprobaban a cada paso tanto las afinidades entre catalán y provenzal como la mezcolanza provenzalizante del catalán primitivo, lo primero en sus relaciones personales con el movimiento de los *felibres* (paralelo de la *Renaixença*, aunque algo más tardío, y menos penetrante que ésta y sus consecuencias), lo segundo en las ediciones de textos antiguos que empezaban a ensayar.

Ahora bien, esa identificación entre las dos lenguas trajo como consecuencia la subordinación del catalán al provenzal, es decir, la consideración del catalán como mera variante dialectal de la lengua vecina, cuando no existía ningún motivo lingüístico para que la relación de subordinación fuese en favor del provenzal y no al revés. Como certeramente ha advertido Amado Alonso, «entre estas dos lenguas, autóctonas de sus respectivos territorios, el catalán se parece al provenzal exactamente en la medida en que el provenzal se parece al catalán ; y deducir de la semejanza el galorromanismo del catalán es exactamente el mismo desatino que deducir el iberorromanismo del provenzal»². «Si se ha hablado de galorromanismo del catalán, y no al revés — sigue Amado Alonso —, es por motivos psicológicos, no lógicos : el provenzal aparece como el idioma mayor, el catalán como el idioma menor ; el provenzal tuvo una poesía trovadoresca de importancia histórica mundial ; en la literatura catalana, más modesta, se advierte un fuerte influjo provenzal ; el provenzal ha sido tema central de estudio lingüístico desde que se constituyó la romanística ; las lenguas peninsulares eran estudiadas no más que incidentalmente hasta hace cuarenta años ; por pereza, se despachaba el catalán entero como una variante del provenzal ; el provenzal está enclavado en una de las grandes potencias que mantienen el equilibrio europeo ; el catalán en una de las del coro. En

2. AMADO ALONSO, *Partición de las lenguas románicas de occidente*, en la «Miscel·lania Fabra. Recull de treballs de lingüística catalana i romànica dedicats a Pompeu Fabra», Buenos Aires, 1943, pp. 81-101, trabajo reproducido en «Estudios lingüísticos. Temas españoles», Madrid, Ed. Gredos, 1951, pp. 104-105 ; a partir de ahora, citaremos por esta segunda edición, más asequible.

consecuencia, caso de que la semejanza de ambas lenguas invite a la reagrupación de los romances occidentales, no se nos pasará por las mientes la idea de poner en crisis el galorromanismo del provenzal, una lengua tan ilustre en la historia europea de la literatura, enclavada en la Galia y que venimos estudiando desde hace más de un siglo; en cambio, será problemático el iberorromanismo del catalán, una lengua no tan ilustre literariamente, enclavada no más que en Iberia, y que hasta hace pocos años ni sabíamos que era realmente una lengua. El impulso lo ha dado, pues, el peso psicológico de «lengua más importante y lengua menos importante»; la justificación histórica se ha buscado *a posteriori*, como lo prueba su falsedad³.

Esta ha sido la manera tradicional de sentir e interpretar la situación del catalán; pero pronto, y aun dentro de su ortodoxia, la personalidad del catalán ha ido siendo cada vez más considerada, hasta convertirse, con el consenso de todos los romanistas, en plena independencia como lengua; y decimos dentro de su ortodoxia, porque, según la interpretación tradicional (es decir, galorrománica) del catalán, éste llegaba a ser tenido como lengua independiente, pero siempre, eso sí, gravitando en la órbita del galorromanismo. Los jalones más importantes de esa marcha del catalán hacia el reconocimiento cada vez mayor de su personalidad, hasta su misma independencia lingüística, vienen marcados por grandes romanistas; recordemos, entre otros, a Friedrich Diez (en sucesivas ediciones de su *Gramática de las lenguas románicas*)⁴, Alfred Morel-Fatio (quien, para la reelaboración de su tratado sobre catalán, recabó la colaboración de J. Saroihandy, experto conocedor del aragonés y catalán pirenaico)⁵, o el mismo Meyer-Lübke (quien, no obstante, necesitó vivir un íntimo y directo contacto con la lengua catalana para reconocer su personalidad e independencia como lengua entre los demás romances)⁶.

Una vez admitida por la ciencia romanística la existencia del catalán como lengua con personalidad propia, uno puede preguntarse

3. AMADO ALONSO, *Partición*, op. cit., p. 105; la cita, aunque larga, vale la pena de que figure íntegra aquí, porque encaja por completo con lo que decimos, y porque explica, no sin ironía, una posición que hay que tener muy en cuenta para enjuiciar el problema de la situación del catalán entre los romances vecinos.

4. EVA SEIFERT, *Das Katalanische in den Werken von Friedrich Diez*, «Home-natge a À. Rubió i Lluch», I, Barcelona, 1936, pp. 198-199 (= *Estudis Universitaris Catalans*, XXI).

5. A. MOREL-FATIO - J. SAROIHANDY, *Das Catalanische*, en el «*Gundriis der romanischen Philologie*», herausgegeben von GUSTAV GRÖBER, Estrasburgo, 2.^a ed., 1904-1906, pp. 845-848.

6. W. MEYER-LÜBKE, *Das Katalanische. Seine Stellung zum Spanischen und Provenzalischen, sprachwissenschaftlich und historisch dargestellt*, Heidelberg, 1925, 191 pp.

por sus afinidades más inmediatas : dentro de la Romania occidental, y entre los romances que rodean o están en contacto con el catalán, es de presumir que éste presente semejanzas más íntimas con una lengua que con las demás, en cuanto a la estructura lingüística y a los distintos fenómenos evolutivos. Es el problema de la filiación del catalán dentro de la Romania occidental, o, lo que es lo mismo, de la subagrupación románica del catalán, título que, para los que conocen la bibliografía a que vamos a aludir en seguida, tiene ya aires polémicos. Sobre este punto, la bibliografía lingüística nos ofrece dos posiciones fundamentales : a) la que considera el catalán lengua galorrománica (con mayores afinidades con el provenzal y perteneciente a la órbita de éste), cuyo exponente y formulación científica fué la publicación de *Das Katalanische*, de W. MEYER-LÜBKE, libro ya citado (1925) ; b) la que lo considera lengua iberorrománica (con mayores afinidades con el aragonés, leonés, portugués, mozárabe — y también, aunque en menor escala, con el propio castellano —, es decir, con las lenguas hispánicas en general y como elemento integrante de su conjunto) ; así viene implícito en la interpretación de los romances peninsulares que vemos en los *Orígenes del español*, de R. MENÉNDEZ PIDAL⁷. La circunstancia de haber casi coincidido cronológicamente la publicación, por dos grandes romanistas, de trabajos que interpretaban de manera opuesta la filiación románica del catalán, provocó, a partir de 1926, y por espacio de tres o cuatro años, una polémica lingüística muy activa en la que tomaron parte muchos especialistas, desde casi todas las revistas de filología románica. Los filólogos abrazaban, pues, el partido del galorromanismo del catalán o el de su iberorromanismo, según los argumentos que esgrimiesen, y lo notable del caso es que por lo común tenían razón galorromanistas e iberorromanistas ; tenían razón porque en el catalán, lengua de transición (como es, en definitiva, cualquier lengua con respecto a sus vecinos del este y del oeste, o del norte y del sur), los fenómenos lingüísticos se entrecruzan y permiten honradamente conclusiones (parciales, eso sí, pero con apariencias de mayor importancia que las desechadas) en un sentido u otro, según el enfoque del investigador. Hoy, es decir, veinticinco años después, y sobre todo después de publicada la *Partición de las lenguas románicas de Occidente*, de AMADO ALONSO, aquella encendida polémica nos parece un tanto bizantina (nunca diremos que haya sido inútil ; nada hay inútil en ciencia, y menos en este caso, por tratarse de materiales allegados con un criterio determinado). Por lo mismo, no creemos

7. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español. Estado lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI*, Madrid, 1.ª ed., 1926 ; 2.ª ed., 1929 ; 3.ª ed., 1950, 592 pp.

que debamos traer aquí esta polémica con sus detalles, sino solamente exponer las ideas fundamentales de las dos interpretaciones ⁸.

La teoría galorrománica del catalán, como ya venía implícito en su lucha por la independencia, se basa en la interpretación tradicional, que recibió consagración científica con el libro de Meyer-Lübke. Éste está elaborado a base de una comparación constante, sobre tres columnas, de las soluciones castellana, catalana y provenzal, en fonética, morfología, formación de palabras, sintaxis y léxico de las tres lenguas; contiene, además, un estudio histórico, donde examina las diferencias de los pueblos prehistóricos, matices opuestos en la Romanización, caracteres divergentes en las consecuencias de las invasiones germánicas, etc. La inflexible conclusión de Meyer-Lübke es que, después de su examen, queda ya fuera de duda que el catalán pertenece al mismo sistema lingüístico que el provenzal. A. Griera se manifestó también, desde el primer momento, galorromanista del catalán, aunque en explícita oposición con Meyer-Lübke ⁹. Su posi-

8. He aquí, entre otros, los trabajos más significativos sobre el debatido tema, por orden cronológico: A. GRIERA, *Afro-romànic o ibero-romànic? Estudi sobre els corrents històrico-culturals que han condicionat la formació de les llengües en la Península Ibèrica*, «Butlletí de Dialectologia Catalana», X, 1922, pp. 34-53; A. GRIERA: *Castellà-Català-Provençal (Observacions sobre el llibre de W. Meyer-Lübke: Das Katalanische)*, «Zeitschrift für romanische Philologie», XLV, 1925, pp. 198-254; W. MEYER-LÜBKE, *Afroromanisch und Iberoromanisch* (réplica al citado artículo *Afro-romànic...*, de A. GRIERA), «Zeitschrift für romanische Philologie», XLVI, 1926, páginas 116-128; AMADO ALONSO, *La subagrupación románica del catalán*, «Revista de Filología Española», XIII, 1926, pp. 1-38 y 225-261; P. FOUCHÉ, *A propos du livre de Meyer-Lübke: Das Katalanische*, «Revue Hispanique», LXXVII, 1929, pp. 88-120; A. GRIERA, *Notes sur l'histoire de la civilisation et l'histoire des langues romanes*, «Revue de Linguistique Romane», V, 1929, pp. 180-261; H. KUEN, *Über einige galloromanische Elemente im katalanischen Wortschatz*, «Festschrift für Eduard Wechslera», 1929, pp. 335-345; HARRI MEIER, *Beiträge zur sprachlichen Gliederung der Pyrenäenhalbinsel und ihrer historischen Begründung*, Hamburgo, 1930. El libro de H. Meier viene a cerrar en cierto modo el período de polémica activa, pero, como es natural, el tema sigue interesando, no ya con el carácter de entonces, sino como capítulo de enorme interés para la romanística; por lo demás, es materia obligada en elaboraciones de conjunto sobre las lenguas peninsulares, como ya planteaba el citado libro de H. Meier; en esta orientación, hemos de señalar: M. HAGEDORN, *Die Stellung des Katalanischen auf der iberischen Halbinsel*, «Zeitschrift für neu-sprachlichen Unterricht», XXXVIII, 1939, pp. 209-217; HARRI MEIER, *Die Entstehung der romanischen Sprachen und Nationen*, Frankfurt, 1941; H. KUEN, *Die sprachlichen Verhältnisse auf der Pyrenäenhalbinsel*, «Zeitschrift für Romanische Philologie», LXVI, 1950, pp. 95-125; KURT BALDINGER, *Die sprachliche Gliederung der Pyrenäenhalbinsel und ihre historische Begründung (Versuch eines Querschnittes)*, «Wissenschaftliche Zeitschrift der Humboldt-Universität zu Berlin», 1954-1955, 34 p. (G. Colón Doménech prepara una traducción española de este trabajo). Además, la «Revista de Catalunya» de 1938 anunciaba, como de próxima publicación, un artículo del Sr. Joan Coromines sobre la filiación románica del catalán, y sobre el mismo tema leyó el Sr. Ramón Aramón un discurso en la Societat Catalana d'Estudis Històrics, en la sesión inaugural del curso 1946-1947, discurso que hasta ahora no ha sido publicado.

9. Las páginas 198-216 de su artículo *Castellà-Català-Provençal*, citado en la nota anterior, son la crítica del libro de Meyer-Lübke:

ción tiene dos aspectos: el estudio de los datos que suministran los actuales dialectos fronterizos (catalán-aragonés y catalán-provenzal) y el estudio histórico de dos corrientes culturales (procedentes de la Galia meridional y del norte de África), y desde ambos puntos de vista llega a la conclusión del galorromanismo del catalán.

La teoría iberorrománica del catalán vino formulada dentro de la interpretación que R. Menéndez Pidal expuso, sobre los romances peninsulares, en su citado libro *Orígenes del español*: aplicando sus «principios geográfico-cronológicos», explica cómo el castellano, que es insignificante de momento (al lado del leonés y del aragonés, por ejemplo), llega a imponerse a todos ellos y a extenderse a costa de ellos. Menéndez Pidal se basa en la existencia del mozárabe antiguo (del que no hay, sin embargo, testimonio constante), y en las coincidencias entre los dialectos hispánicos primitivos (gallego-portugués, leonés, castellano, aragonés, catalán), los cuales presentan sistemáticas concomitancias fonéticas (que recordaremos más abajo); a excepción del castellano, que es la única nota diferencial en la primitiva unidad hispánica; la expansión de esta lengua hacia el sur ha provocado soluciones de continuidad en las antiguas fajas que unían, por el sur y a través del mozárabe, el gallego y el catalán, el leonés y el aragonés. De esta suerte, el catalán queda integrado en la órbita lingüística peninsular. Amado Alonso emprendió una serie de artículos sobre el tema, que de momento se redujeron a dos, los dos que, ya citados antes, constituyen la aportación de la «Revista de Filología Española» a la polémica sobre la filiación románica del catalán; en ellos se ponían reparos de método a trabajos de los galorromanistas del catalán. Más de quince años después, volvió Amado Alonso al problema de las afinidades del catalán con sus vecinos, en su magistral *Partición de las lenguas románicas de Occidente*, que, por referirse, como su título indica, no ya sólo al catalán, sino en general a los romances occidentales, recogeremos después con la atención que merece.

La conclusión a que se puede llegar sobre la filiación del catalán en la Romania, después de una verdadera multiplicidad de posiciones casuísticas adoptadas a lo largo de la mencionada polémica y posteriormente a ella, no ha de ser, ya se comprende, absoluta; ya antes aludíamos a que muy a menudo tenían razón, con sus argumentos, tanto los galorromanistas como los iberorromanistas del catalán, porque todos se basaban en hechos ciertos: constantemente, el estudio geográfico-histórico de cualquier fenómeno de lingüística catalana (fonético, morfológico, sintáctico, léxico, semántico) permite, a poco

que profundicemos en su interpretación, adoptar una y otra de ambas posiciones fundamentales. Sin atender ahora a influjos anteriores a la romanización¹⁰, el catalán aparece y se desarrolla en el extremo nordeste de la Península Ibérica; por la localización geográfica de su núcleo inicial, el catalán es una lengua hispánica, es decir, continúa una modalidad determinada del latín vulgar, la que se hablaba en la antigua Hispania. No obstante, esta apreciación tan simple y primaria necesita en seguida ser matizada, y matizada significa, ya se comprende, complicarla con las aportaciones (etnológicas, políticas, culturales) del norte y del sur, a medida que se producen en el acontecer de la historia.

Primera matización, sobre el carácter hispánico del futuro dominio catalán: dentro de la grande y compleja Hispania romana coexistían distintos pueblos (resultados de migraciones primitivas y de imperfectas asimilaciones de la romanización)¹¹, que implicaban diferencias a veces muy apreciables en cuanto a la naturaleza del latín adoptado o a la pervivencia de elementos lingüísticos prerromanos; a veces, y ello es típico en el caso del catalán, esa matización era, sobre todo, de tipo geográfico; la actual Cataluña era tierra de tránsito hacia la metrópoli, «era ruta obligada de legionarios, colonos y mercaderes; acogía una población flotante que se expresaría con descuido, traería novedades de lenguaje y propendería, sin duda, al neologismo»¹²; la Tarraconense oriental se encontraba, pues, mejor y más rápidamente comunicada con la metrópoli que el resto de la Península. Esta posición fluctuante de una tierra, localizada en Hispania, pero en el camino de Galia, se proyectaría en seguida en las características idiomáticas de su peculiar latín vulgar, el cual, a la vista de su resultante el catalán, si era típicamente hispánico en gran parte, no dejaba de representar en muchas otras ocasiones hábitos lingüísticos ultrapirenaicos¹³.

Pero aún hay matizaciones de mayor importancia sobre el dominio catalán: la reiterada orientación de este territorio hacia el sur de la

10. Recuérdese que incluso determinadas situaciones de los pueblos prerromanos han sido aportadas para una mejor caracterización de los dialectos catalanes, por M. SANCHIS GUARNER, *Els factors històrics dels dialectes catalans*, trabajo todavía inédito, pero utilizado por F. DE B. MOLL, *Gramàtica històrica catalana*, Madrid, 1952, pp. 58-61.

11. F. SOLDEVILA, *Història de Catalunya*, I, Barcelona, 1934, p. 14; *Historia de España*, I, Barcelona, 1952, pp. 52-60.

12. RAFAEL LAPESA, *Historia de la lengua española*, 3.^a ed., Madrid, 1955, p. 79.

13. El catalán moderno va, así, unas veces con las lenguas iberorrománicas, y otras veces con las galorrománicas, y con las primeras tanto arcaizando como innovando; véanse ejemplos en RAFAEL LAPESA, *Hist. de la lengua esp.*, ob. cit., pp. 63-73, y en nuestra *Gramàtica històrica catalana*, Barcelona, 1951, § 4, pp. 92-94.

Galia, que arranca de la misma época visigótica ¹⁴, y que tiene lugar de manera decidida en los siglos VIII, IX y X; entre las manifestaciones más importantes de la mencionada orientación hacia tierras ultrapirenaicas, recuérdense las siguientes: todavía en época visigótica, el hecho de que esta monarquía dominara, en el siglo V, extensos territorios de la Galia meridional, bajo Eurico; verdad es que Alarico, sucesor suyo, perdió la mayor parte de las tierras allende los Pirineos, ante el franco Clodoveo, que llegó a ocupar Tolosa (año 508), capital del reino; pero también es cierto que, finalmente, la Septimania o Narbonense meridional siguió perteneciendo a los visigodos, sellando así los comienzos de una solidaridad con la Tarraconense que había de perdurar durante siglos. A lo dicho se han de añadir los intentos, no siempre absolutamente fracasados, de escisión con respecto a la monarquía visigótica peninsular, al propio tiempo que de constituir un solo reino a base de tierras catalanas y del sur de Francia ¹⁵. Luego, desde el inicio de la reconquista, son frecuentes las ocasiones en que se reafirma la relación con el Sur de Francia: recuperada la Septimania por los francos, este territorio fué lugar de refugio para muchos cristianos que, procedentes de lo que hoy es Cataluña, huyeron ante la invasión musulmana ¹⁶; la liberación de Gerona por los francos en el año 785, y la incorporación a sus dominios de las tierras no afectadas por la invasión (Urgel, Pallars, Ribagorza) son, sin duda, otro lazo catalano-lenguadociano para tener en cuenta ¹⁷; reconquistada Barcelona en 801, los condados de Gerona, Ampurias, Barcelona, Ausona, Urgel y Cerdeña, cada vez más extendidos, forman, con la Septimania, el Marquesado de Gotia, mientras los de Pallars y Ribagorza pertenecen al marquesado de Tolosa;

14. «... les aspiracions ultrapirinenques de la monarquia visigòtica, mantingudes, durant la seva existència, per la possessió de la Septimània, empreses, més enllà de la seva caiguda, per un seguit de fets i d'esdeveniments, rebrotaran en la política dels comtes de Barcelona» (F. SOLDEVILA, *Hist. de Catalunya*, ob. cit., I, pp. 24-25). Véase también F. SOLDEVILA, *Hist. de España*, I, op. cit., pp. 105-106.

15. F. SOLDEVILA, *Hist. de Catalunya*, ob. cit., I, pp. 20-23; *Hist. de España*, op. cit., I, pp. 94-104.

16. F. SOLDEVILA, *Hist. de Catalunya*, ob. cit., I, pp. 29-30, quien añade: «Els refugiats de la Septimània van estimular i ajudar l'obra de la reconquesta, i, quan van tornar a Catalunya, després d'haver conviscut amb els naturals, van portar-hi els elements de repoblació. Aqueixa estada de les gents del nostre país a la Septimània constitueix un nou lligam la importància del qual, des de molts punts de vista, àdhuc des del punt de vista lingüístic, no ha estat potser prou valorada» (id. id.; el subrayado es nuestro); véase también F. SOLDEVILA, *Hist. de España*, op. cit., I, pp. 120-122.

17. F. SOLDEVILA, *Hist. de Catalunya*, ob. cit., I, pp. 30-31; *Hist. de España*, op. cit., I, p. 122; véase, para los demás ejemplos de esa orientación, el primer libro citado, pp. 31-37 (a las que no enviaremos de manera concreta; el título del capítulo en cuestión reza «Entre els sarraïns i els francs»), y el segundo, pp. 122-124, 126-128, 134-135.

en lo eclesiástico-administrativo, nuestros condados dependían de la sede arzobispal de Narbona. Si tenemos en cuenta que, por encima de lo dicho, había una organización política superior, el Imperio carolingio, comprenderemos todas las diferencias específicas de nuestra tierra con respecto al resto de la Península, así como sus afinidades con los pueblos subordinados a la unidad imperial; así, y pese a la inmigración de cristianos procedentes del sur islamizado, Cataluña poco sintió la influencia cultural mozárabe que tanto pesa más al oeste. Resultaba, pues, que toda la vida, en sus múltiples aspectos, tenía aquí el sello de la organización y de la cultura ultrapirenaicas: en lo administrativo, la división en condados; en lo social, el feudalismo; en lo político, la intervención en los asuntos del Imperio; en lo jurídico, junto a la conservación de instituciones visigóticas, se hizo sentir también el influjo franco; en lo cultural, la aportación del renacimiento carolingio, etc.¹⁸ Como se habrá advertido, todos los hechos aducidos en este largo inventario se producen entre los siglos V y IX; pues bien, estos son los siglos que asisten a la fragmentación de la Romania, a la concreción de las lenguas neo-latinas y a la primera fijación básica de sus rasgos constitutivos. Esa orientación hacia el sur de la antigua Galia, en la época más crucial para el establecimiento de unos rasgos idiomáticos que, todavía vacilantes, podían cristalizar en cualquier dirección, fué decisiva: por ello, y pese a los antiguos lazos del latín tarraconense con el hispánico común (que sólo podían determinar algunas bases léxicas, pero nunca los criterios gramaticales), la constitución de la lengua catalana se hace sobre todo bajo el signo de galorromanismo, de suerte que, como ya observó Meyer-Lübke, la mayor parte de tratamientos lingüísticos del catalán son también comunes al provenzal.

Pero no acaban aquí todavía las matizaciones que hemos de hacer en cuanto a los influjos entrecruzados que convergen en el dominio catalán. Por más que ya no tengan tanta importancia desde el punto de vista lingüístico (porque la lengua se encuentra ya constituída, y con la fisonomía que le habían marcado las mencionadas circunstancias originarias), a partir del siglo IX, con la ingente obra de Vifredo el Velloso (que reemprende, con nuevo sentido, la obra reconquista-

18. He aquí cómo resume F. SOLDEVILA, *Hist. de Catalunya*, ob. cit., I, p. 37, la trascendencia de la reconquista franca en nuestro país: «A causa d'ella, Catalunya va sentir-se en els seus orígens poc unida a la resta de la Península. La lluita amb els sarraïns, en els primers segles de reconquesta, lluny d'escindir-la de les terres de la Gàl·lia meridional, va lligar-la-hi més estretament; lluny d'isolar-la d'Europa, va posar-la-hi en contacte més directe; lluny de lligar-la amb Espanya, va desolidaritzar-la'n; fins al punt que, per als altres pobles peninsulars, les gents del nostre país seran, per molt de temps, *els frances*».

dora), la naciente Cataluña empieza a preocuparse por los problemas peninsulares, y se orienta hacia sus vecinos occidentales; no es necesario insistir en esto, recuérdense tan sólo algunos puntos capitales¹⁹: toma y saqueo de Barcelona por Almanzor (año 985), que, aunque se superó enseguida, llama la atención de una manera trágica sobre el peligro musulmán; la expedición a Córdoba de 1010, seguida de otras correrías similares; la expedición a las Baleares de Ramón Berenguer III (en 1114); la unión con Aragón (1137); la reconquista de Tortosa (1148), etc., señalan algunos hitos de una ruta que había de conducir a las grandes conquistas del siglo XIII. Estos importantes hechos de relación, y los pequeños contactos diarios que traen consigo, contribuyen, si no a conseguir sistemáticamente influencias castellanas efectivas sobre el romance catalán, sí por lo menos a que se cree un clima en el cual puede cristalizar la adopción de nuevos rasgos idiomáticos.

Es posible que nos hayamos extendido de una manera desproporcionada sobre las matizaciones que acabamos de considerar; pero era indispensable valorarlas en su justa importancia con respecto a la filiación hispánica del romance catalán. En primer lugar aludíamos a los rasgos lingüísticos diferenciales de la Tarraconense en el conjunto del latín hispánico, lo cual ya denotaba la afirmación de una personalidad específica aún dentro de ese conjunto. Luego nos hemos fijado en la orientación de nuestro dominio hacia el sur de Francia, orientación multiseccular, reiterada y, por lo mismo, eficiente, y de ella procede la alteración esencial que sufre lo que podía haber sido el sistema evolutivo exclusivamente iberorrománico del catalán, que en cambio es, desde entonces, más bien galorrománico. En tercer lugar, ya en época histórica de la lengua, se producen algunas modificaciones del carácter ultrapirenaico del catalán, por sus nuevos contactos peninsulares. Todo se une para darle al catalán una fisonomía compleja: ahora se comprende por qué decíamos antes que galorromanistas e iberorromanistas del catalán han partido siempre de ar-

19. Véase, en general, F. SOLDEVILA, *Hist. de Catalunya*, ob. cit., I, capítulos III, V (cuyo expresivo título es «Les direccions d'expandiment i les forces peninsulars», y el subtítulo «La presa de contacte amb Castella»), VI, VII-VIII («L'esforç per l'equilibri peninsular»); o bien la *Hist. de España*, op. cit., I, capítulos VII («El esfuerzo castellano por la hegemonía»), VIII («El esfuerzo por el equilibrio peninsular») y IX («El esfuerzo castellano frente a los almohades y la expansión catalana en la Galia meridional»); no es que no tenga ya importancia la política occitana, de la que tanto se preocupan Ramón Berenguer I (*Hist. de Catalunya*, op. cit., I, pp. 83-85), Ramón Berenguer III (pp. 98-103), Ramón Berenguer IV (pp. 148-150) y Alfonso el Casto (pp. 156-159), pero se acercaba el grave problema albigense, saldado en Muret, en 1213, trágicamente para Pedro el Católico, hecho con el cual perdía justificación cualquier intento ulterior (pp. 171-193); véase también *Hist. de España*, op. cit., I, pp. 270-274.

gumentos parciales pero ciertos, y que hay que asentir a unos y a otros. Ahora bien, de lo expuesto no debiera inferirse que un conjunto de aportaciones sucesivas como las señaladas se documente tan sólo en catalán; al contrario, tal ocurre siempre que una lengua vive en contacto con las que la rodean, sobre todo si proceden del mismo tronco, y casi no existe una lengua que no conozca esos contactos. Así lo ha establecido certeramente, y en tonos de enunciado general, Amado Alonso: «Todas las lenguas contiguas tienen rasgos comunes, por supuesto; de modo que problema lingüístico sería buscar una agrupación mayor que la de dos lenguas contiguas». Y: «Entre lengua y lengua contiguas hay a la vez frontera y concordancia, y una frontera capaz de tener valor reagrupador será solamente aquella que pueda ostentar una significación mayor que la sola de separar dos lenguas»²⁰. De la lengua 1 a la lengua 2 habrá un alto porcentaje de coincidencias, y también lo habrá entre la lengua 2 y la lengua 3, y entre la 3 y la 4, etc., mientras que esas coincidencias disminuyen notablemente si comparamos las lenguas 1 y 3, las 2 y 4, etc. El catalán (supongamos que es la lengua 2) tiene considerables concomitancias con el castellano (lengua 1) y también (y todavía más, por lo dicho antes) con el provenzal (lengua 3), pero difiere en muchas ocasiones del francés (lengua 4), etc.

Así llegamos, pues, a la superación de galorromanismo e iberorromanismo del catalán: el catalán es una lengua-puente; es, como son todas las lenguas que tienen vecinos a un lado y a otro, una lengua de transición entre ellos²¹. Es, en realidad, la consideración que ya intuyó Diez, y no por no comprometerse, sino precisamente después de haberse comprometido, con su primitiva idea de la subordinación del catalán al provenzal. Es, en suma, la posición que adoptó muy posteriormente Walther von Wartburg en la reseña que dedicó a *Das Katalanische*, de W. MEYER-LÜBKE²²: el análisis de los rasgos fo-

20. AMADO ALONSO, *Partición*, op. cit., pp. 107; 110.

21. En nuestra *Gramática histórica catalana*, op. cit., § 3, V (p. 90) escribíamos, recapitulando sobre el problema de la filiación del catalán en la Romania: «No ha de hablarse, pues, de galorromanismo ni de iberorromanismo del catalán..., a no ser como denominaciones puramente geográficas, no exentas de peligros. En todo caso, hay un cierto eclecticismo del catalán, o, si se prefiere perifrásticamente, se trata de una lengua hispánica con mayoría de rasgos lingüísticos ultrapirenaicos». Algunos han interpretado esta conclusión como un deseo nuestro de no comprometernos; comp.: «des formules conciliatoires, comme celle... de l'eclecticisme del catalán... vont sans doute mûrir et durcir jusqu'à la seconde édition» (ISTVÁN FRANK, reseñando nuestro libro en *Romania*, LXXIV, 1953, p. 546); no obstante, y sin negar que nuestras frases de recapitulación final no pudiesen ser más afortunadas, cada vez estamos más convencidos del mencionado carácter de lengua puente que caracteriza el catalán.

22. Reseña publicada en la «Zeitschrift für romanische Philologie», XLVIII, 1928, pp. 157-161.

néticos del catalán nos dice que en su mayoría son de filiación galorrománica; en cambio, la morfología, concretamente la flexión (a la cual Wartburg atribuye papel más decisivo para la caracterización de una lengua), es más bien de tipo iberorrománico; en el vocabulario predominan las voces de naturaleza galorrománica, aunque no se puede desconocer el léxico iberorrománico. En resumen, el catalán es una lengua especial, o como decíamos antes, una lengua puente.

LOS ROMANCES OCCIDENTALES

Antes hemos hablado del estudio de Amado Alonso sobre las lenguas románicas de occidente²³, y, a pesar de que le hemos dedicado reiteradas alusiones, ha podido parecer tal vez que no valorábamos en lo debido su importancia. No es, empero, así, antes bien, creemos que se trata de una de las mejores interpretaciones sobre la articulación lingüística de la Romania. Ciertamente, Amado Alonso ha dejado en pie el problema, que se había calificado de fundamental en 1925, de la subagrupación del catalán en relación con el provenzal o con el castellano²⁴; pero ya antes decíamos que, vista ahora, con perspectiva de años, la polémica sobre el viejo tema aparecía exagerada y un tanto bizantina, y, reconozcámoslo, la liquidación definitiva ha ido a cargo del propio Amado Alonso, quien ha hecho ver, en este trabajo, y de manera irrefutable, que, tanto el provenzal (vecino del norte) como el aragonés y el castellano (vecinos del oeste) son romances del mismo grupo lingüístico, «el grupo de lenguas fieles... al tipo latino», y que, en consecuencia, pierde significación lo que en una época había sido, ya más que deseo, necesidad de precisar afinidades del catalán en un sentido u otro.

Amado Alonso parte de estudios de otros romanistas, en especial de Walther von Wartburg, quien mucho se ha preocupado por la articulación lingüística de la Romania, y por las relaciones entre las distintas lenguas románicas²⁵. Idea básica de Wartburg es la trascen-

23. Véase nota 2.

24. Comp. ya sólo los títulos de sus artículos: los de 1926 («La subagrupación románica del catalán») y el de 1943 («Partición de las lenguas románicas de occidente»), títulos que, por otra parte, corresponden a los contenidos, como es natural y obligado.

25. Recordense, entre otros, los siguientes estudios de WALTHER VON WARTBURG: *Evolution et structure de la langue française*, 4.ª ed., Berna, 1946; *Die Ausgliederung der romanischen Sprachräume*, «Zeitschrift für romanische Philologie», LVI, 1936, pp. 1-48; *Die Entstehung der romanischen Völker*, Halle, 1939; el trabajo *Die Ausgliederung* fué publicado nuevamente, refundido, en Berna, 1950, y de

dencia de la línea del Loire en Francia, como acusado límite de importantes hechos históricos (límite septentrional de la romanización más eficiente; por tanto, límite meridional de la más libre pervivencia del sustrato celta, y también de la colonización asimilante de los francos), y, en consecuencia, como límite también muy acusado de unos cuantos rasgos lingüísticos que singularizan al francés entre los demás romances de Occidente y, en ocasiones, en el seno de la Rumania entera. Así, al norte del Loire, es decir, en francés, las vocales tienen una historia distinta en su evolución desde el latín vulgar según se encuentren en sílaba libre o trabada²⁶; en cambio, al sur de esa línea, es decir en provenzal, catalán, castellano y portugués, las vocales, tanto si diptongan espontáneamente (en castellano) como si no diptongan (en provenzal, catalán y portugués), tienen la misma evolución, sin distinguir en sus tratamientos si se encuentran en sílaba libre o trabada²⁷.

La típica evolución fonética del francés resulta de la aportación germánica a un fondo de romanización endeble al propio tiempo que de sustrato celta eficiente, y se opone, así, a las circunstancias histó-

esta edición se hizo la versión española: *La fragmentación lingüística de la Rumania*, trad. por M. MUÑOZ CORTÉS, Madrid, 1952. Hay que recordar también la conferencia de W. VON WARTBURG, *L'articulation linguistique de la Rumania*, pronunciada en la sesión inaugural del VII Congreso Internacional de Lingüística Románica (Barcelona, abril de 1963), actualmente en prensa en el tomo de Actas y Memorias del Congreso.

26. En francés, la vocal A latina se cierra en *a* en sílaba libre (PRATU > *pré*), pero se mantiene como *a* en sílaba trabada (ARB(O)RE > *arbre*); la vocal E abierta (E breve de la lengua clásica) diptonga en *ie* en sílaba libre (VENIT > *vient*), pero se mantiene como *e* en sílaba trabada (HERBA > *herbe*); la vocal E cerrada (E larga o I breve en latín clásico) diptonga en *ei* y llega hasta *wa* (ortogr. *oi*) en sílaba libre (HABERE > *avoir*), pero se mantiene como *e* en sílaba trabada (VIR(I)DE > *vert*); la vocal O abierta (O breve en latín clásico) diptonga en *uo*, *e* y llega hasta *œ* (ortogr. *eu*) en sílaba libre (PROBA > *preuve*), pero se mantiene como *o* en sílaba trabada (PORTA > *porte*); finalmente, la vocal O cerrada (O larga o U breve en latín clásico) diptonga en *ou*, *eu* y llega hasta *œ* (ortogr. *eu*) en sílaba libre (HORA > *heure*), pero se cierra en *u* (ortogr. *ou*) en sílaba trabada (TOTTU > *tout*).

27. Para no alargar demasiado estas notas, limitamos los ejemplos a los dos romances que interesan aquí de una manera especial (catalán y castellano); partimos de las voces latinas propuestas como ejemplos en la nota anterior: la A latina se conserva como *a* en ambas lenguas, tanto en sílaba libre (cat. *prat*, cast. *prado*) como trabada (cat. *arbre*, cast. *árbol*); la E abierta viene representada por *e* en catalán, tanto en sílaba libre (*ve*) como trabada (*herba*), mientras que en castellano diptonga en *ie*, tanto en sílaba libre (*viene*) como trabada (*hierba*); la E cerrada continúa como *e* en ambas lenguas, tanto en sílaba libre (cat. *haver*, cast. *haber*) como trabada (cat. *verd*, cast. *verde*); la O abierta se mantiene como *o* en catalán, tanto en sílaba libre (*prova*) como trabada (*porta*), mientras que en castellano diptonga en *ue*, tanto en sílaba libre (*prueba*) como trabada (*puerta*); finalmente, la O cerrada viene representada también por *o* en ambas lenguas, tanto en sílaba libre (cat., cast. *hora*) como trabada (cat. *tot*, cast. *todo*). Por quedar fuera de lo que interesa señalar ahora aquí, hemos prescindido de las diferencias entre vocal abierta y cerrada en catalán.

rico-lingüísticas que predominan en el sur: la Galia Narbonense y gran parte de Hispania fueron romanizadas intensamente y en época temprana, de suerte que las fuerzas fonéticas del sustrato prerromano quedaron sobreranera cohibidas. En el norte, en cambio, esa pervivencia del sustrato celta y el advenimiento del superstrato germánico dieron la base, como decimos, a los tratamientos diferenciales del francés frente a los otros romances occidentales²⁸. Hay que concluir, pues, que el francés «tiene una constitución tan original, tan apartadiza del tipo común al resto, que dentro de la Romania continua... resulta inagrupable»²⁹.

Veamos ahora qué ocurre en el resto de esta Romania continua (más ceñidamente occidental), en la zona coherente que comprende del provenzal al portugués. Se impone, ante todo, considerar la homogeneidad del mapa lingüístico de la Península Ibérica en la época del naciente romance, antes de que se propagasen los rasgos diferenciales del castellano, tal como lo expuso Menéndez Pidal hace ya casi treinta años³⁰; los dialectos hispánicos primitivos coinciden en una serie de rasgos fonéticos básicos (a excepción del castellano), y de ellos nos interesa recordar aquí los siguientes: 1) la conservación de la F- inicial latina (mozárabe *fauchil*, portugués *fouce*, leonés *fillo*, aragonés *farina*, catalán *falç*); a ello se opone la fonética castellana, con la primitiva aspiración de la F- originaria (F- > h-) y ulterior pérdida de todo sonido inicial (castellano *harina*, pronunciado *arina*); 2) la resolución en palatal lateral ll de los grupos latinos C'L y LY (moz. *serralla*, port. *coelho*, leon. *uello*, arag. *muller*, cat. *fulla*), en oposición a la palatalización castellana en j³¹ (cast. *consejo*); 3) la conservación, aunque sea con algunas modificaciones articulatorias, del sonido latino de y- inicial (consonantes G-, J-) (moz. *yenesta*, port. *janeiro*,

28. Con una lógica aplastante se ha podido afirmar: «El grado de romanización y el grado de sustrato están en razón inversa. El provenzal podrá juntarse con el francés en que el sustrato del uno es galo y el del otro también; pero ¿de qué vale tal igualdad si ese sustrato galo ha fermentado activamente en el norte y se ha amortecido en el sur? O dicho positivamente: la igualdad nominal (galo-galo) queda menoscabada porque la profunda y temprana latinización del sur fué eliminando los elementos del sustrato (en eso consiste la latinización progresiva de un territorio), y la imperfecta y más tardía latinización del norte permitió a sus elementos de sustrato perduración activa» (AMADO ALONSO, *Partición*, op. cit., p. 114).

29. AMADO ALONSO, *Partición*, op. cit., p. 126.

30. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español*, Madrid, 1.ª ed., 1926, 3.ª ed., 1950, §§ 99-102, pp. 485-502; véase sobre ello, aplicado a lo que ahora interesa aquí, AMADO ALONSO, *Partición*, op. cit., pp. 108-110.

31. La j castellana se pronunciaba, en español primitivo, como el dígrafo tj en el cat. *pillor*; esta articulación africada fué suavizada luego en una fricativa como la j del cat. *puja*, y sólo en el Siglo de Oro quedó retrotraída a la actual jota castellana, velar fricativa sorda; más abajo tratamos de la pronunciación de la j antigua castellana.

leon. *yermano*, arag. *geitar*, cat. *gendre*), a lo cual replica el castellano con la desaparición absoluta del sonido consonántico inicial (cast. *echar*); 4) la modificación, por relajación articulatoria, del primer elemento del grupo consonántico CT latino, que se realiza por palatalización (CT > XT > IT) (moz. *leite*, port. *noite*, leon. *feito*, arag. *peito*, cat. *fet*), mientras que el castellano inicia un proceso más laborioso de palatalización que se resuelve en la africada *ch* (cast. *leche*)³²; 5) la resolución en palatal fricativa (como el cat. *ix* en *eixam*) de los sonidos agrupados latinos SC' y SCY (moz. *faxa*, port. *peixe*, leon. *fexa*, arag. *faxa*, cat. *aixada*), en contra de la *z* interdental castellana (cast. *haz*)³³; 6) aunque sea un rasgo con extensión geográfica más limitada, cabe citar también aquí la palatalización de la *l* inicial latina en *ll*, que observamos en mozárabe (*yegua*), leonés (*llabore*), aragonés (aunque muy escasa: *Lloarre*), y catalán (*llop*), y se opone al castellano, que no la conoce (*labrar*).

Menéndez Pidal señaló, entre otros, los fenómenos fonéticos que acabamos de recordar. «El dialecto castellano — decía³⁴ — representa en todas esas características una nota diferencial frente a los demás dialectos de España, como una fuerza rebelde y discordante que surge en la Cantabria y regiones circunvecinas.» Así, pues, «Cantabria, la última conquista romana, y, además comarca de romanización más lenta, nos aparece en su evolución lingüística como región más indócil a la común evolución de las otras regiones, más revolucionaria, más inventiva, original y dada al neologismo». Con todo lo que precede, Menéndez Pidal va insistiendo sobre ese papel de excepción que tiene el castellano en medio de la armonía de los demás romances peninsulares: «al examinar la distribución geográfica de las variantes de uno u otro fenómeno lingüístico hemos tenido que señalar un foco de excepción castellano en oposición al resto de los países circunvecinos». «En ese foco tiene gran arraigo la pérdida de la *f*- en *haya*, *Errant*, mientras se decía *faya*, *Ferrant*, en León, en Aragón y entre los mozárabes; en Castilla se encuentra el sonido excepcional de *j*, *fijo*, *muger*, en vez de la *ll* o *y* que se halla en los demás países románicos; lo mismo la *g*- pérdida en *enero*, *ermano*, contra el resto de los dialectos romances; o bien la *ch* de *derecho*,

32. No se nos oculta, claro está, que la solución castellana *ch* coincide con la del provenzal (comp. prov. *fach* < FACTU, *dich* < DICTU), pero debe tenerse en cuenta que la *ch* no es universal en esta lengua, sino que coexiste con el resultado más común en la Romania occidental (*it*) (comp. prov. *fait*, *lait* < LACTE, etc.); más abajo volveremos sobre esto.

33. A este propósito, recuérdese que la forma *faja* no es típica del castellano, sino que es un aragonesismo (< *faxa*); comp. cast. *pez*; *azada*, etc.

34. Pasajes sacados de R. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes*, op. cit., § 99, pp. 496-497.

mucho, frente a la *t* de los otros romances; o la *z* procedente del latín *SCI* en *azada*, *haza*, frente a *axada*, *faxa* de otras regiones de España... Estos rasgos son hoy principalísimas características de la lengua española frente a los otros romances; pero ya sabemos que en un período primitivo se hallaban confinados al pequeño rincón de la vieja Castilla y a sus regiones inmediatas; eran una excepción castellana, frente a los demás romances.»

El castellano ha desarrollado, así, una fonética específica e inusitada en el seno de un conjunto románico que Menéndez Pidal cifraba ante todo en la Península Ibérica, sin dejar de aludir, no obstante, a su mayor extensión románica en varios casos. Pero es que los rasgos más comunes a los romances peninsulares (*f-*, *ll*, *g-*, *it*, *ix*, *ll-*) no agotan su geografía, como es sabido (y como ya insinuaba el mismo Menéndez Pidal), con la Península Ibérica, sino que tienen un alcance mayor en la Romania, y, en bloque, se encuentran en provenzal³⁵: 1) la *F-* latina conservada: *FAME* > prov. *fam*, *FACERE* > *faire*; 2) palatalización en *ll* (y no en *j*) de los grupos latinos *C'L* y *LY*: *APICULA* > *abelha*, *GENUCULU* > *genolh*, *MELIORE* > *melhor*, *FILIU* > *filh*; 3) conservación de *G-*, *J-* iniciales: **GENTIARE* > *gensar*, *GENERU* > *gendre*; 4) modificación del primer sonido en el grupo *CT*, resuelto en definitiva en *it*: *COCTU* > *cueit*, *FACTU* > *fait*³⁶; 5) palatalización del grupo *SCI* (en oposición a la *z* castellana): *PISCE* > *peis*, *ASCIATA* > *aisada*. Interesa, por tanto, ampliar la extensión geográfica de los fenómenos aducidos, identificándola con aquella zona de la Romania occidental que queda al sur del Loire, de que hablábamos antes. Volvemos, así, al límite más importante que se puede establecer dentro de la Romania occidental: el citado río francés, que determina las zonas de mayor y menor pervivencia de hábitos de sustrato, de menor y mayor eficiencia de la romanización, y de mayor y menor asimilación de los fermentos articulatorios germánicos, respectivamente, al

35. Menos la palatalización de *l-* inicial en *ll-*, que, por otra parte, ya hemos visto que tiene, incluso en la Península, una extensión más limitada. Además, la mayor parte de los rasgos mencionados caracteriza asimismo al francés; compárense *FAME* > fr. *faim*, *FILIA* > *fille*; *AURICULA* > *oreille*, *SOLICULU* > *soleil*, *PALBA* > *paille*; *GELARE* > *geler*, *CENTE* > *gent*; *LACTE* > *lait*, *TECTU* > *toit*; *PISCIONE* > *poisson*, *FASCIA* > *faisse*. Pero ya antes hemos descartado, con Walther von Wartburg y Amado Alonso, todo el francés por poseer unos rasgos tan acusados (en especial por su diferente tratamiento de las vocales según éstas se encuentren en sílaba libre o en sílaba trabada) que se imponen, en una comparación de lenguas, a los propios rasgos comunes.

36. Ya hemos hecho constar antes (nota 32) que en provenzal coexisten las dos soluciones *it* y *ch*: junto a los ejemplos citados arriba, se encuentra el segundo resultado en *fach* (<*FACTU*), *lach* (<*LACTE*), etc. Modernamente, la *ch* predomina en el norte y el este del dominio, mientras que *it* se extiende de Gasconia hasta las hablas centrales.

propio tiempo que aleja el dominio francés del resto de los romances occidentales.

Y es precisamente aquí, en el seno de la familia coherente y acorde de romances (del portugués al provenzal), que la excepción del castellano adquiere su peculiar importancia. El castellano repite, dentro de este grupo de lenguas eminentemente conservadoras, una disidencia parecida a la del francés con respecto a toda la Romania occidental, a pesar de que no cala tan hondo como ésta. Ya es conocido el proceso de difusión de los rasgos típicos castellanos dentro de la Península, desde la bella interpretación que hizo Menéndez Pidal, partiendo del ingente caudal de materiales allegados en los *Orígenes del español*, y como culminación del libro. Castilla, en los vacilantes inicios de la reconquista, es una avanzada contra el Sur islamizado, pero carece de personalidad definida, como pueblo, y desde los puntos de vista político, cultural, literario; los antiguos textos literarios se escriben en las modalidades leonesa, navarro-aragonesa, riojana, que son las que corresponden a verdaderas entidades reconocidas. En aquel entonces, el castellano no es más que el habla de una zona reducida y de poco peso en el norte peninsular, pero lingüísticamente ya posee la personalidad acusada que más tarde proclamarán los pueblos asimilados y una literatura de las más ricas de Europa. Y esta personalidad no sólo se manifiesta en rasgos específicos, diferenciales con relación a los romances circunvecinos (como los que hace unos momentos comentábamos), sino también porque, en los casos en que la resultante lingüística castellana es común a todas las hablas hispánicas, Castilla se dirige más certeramente a esa resultante, adelantándose con mucho, en la cronología, a todas ellas³⁷. El castellano, a remolque del pueblo que le da nombre, va extendiéndose con él por la Península, a costa de los antiguos dialectos periféricos (leonés, aragonés, riojano, etc.). Los jalones de esta difusión corresponden — como decimos — a los de la propia Castilla: aspirante sólo a la independencia con respecto a León, en la época por eso llamada de hegemonía leonesa (920 a 1067), empieza, una vez aquélla conseguida, su lucha por la propia hegemonía (1067-1140), arrebatándosela al antiguo Reino de León, que queda en definitiva subordinado a la jo-

37. Recuérdese: la rapidez con que Castilla fija definitivamente los diptongos *ie*, *ue*, frente a las vacilaciones de los otros dialectos (que ofrecen *ie*, *ia*; *ua*, *ue*, y otras); la resolución monoptongada de los antiguos diptongos decrecientes *ei*, *ou* en *e*, *o* (mientras otros dialectos — en especial los occidentales — se muestran arcaizantes); la reducción del diptongo *iz* en *i* en el sufijo *ello*, que Castilla practica ya en el siglo X, y que no aparece en los textos literarios (es decir, en textos no castellanos en ese sentido estricto y originario) hasta el siglo XIV, etc.

ven y brillante monarquía castellana ³⁸. A partir de entonces, asegurado su papel preponderante en el conjunto central peninsular — e incluso, en varias ocasiones, en el cuadro de todas las tierras hispánicas — la penetración del castellano por el Sur no es más que una consecuencia de la Reconquista, que va suministrando nuevas tierras a los dominios de Castilla, y nuevos hablantes para su lengua.

Pero no haríamos bien si, deslumbrados por la afortunada ascensión de la historia castellana, olvidábamos lo reducido de su primitivo foco originario. Allá tenemos que volver ahora, porque cuanto se diga sobre el castellano (especialmente en comparaciones entre varias lenguas) ha de referirse a los rasgos típicos y esenciales del antiguo rincón donde se fraguó la lengua: desde el punto de vista de su constitución lingüística, el castellano es el habla de aquella zona, y no la gran lengua universal del Renacimiento. Lo ha dicho de manera terminante Amado Alonso: «El castellano es, autóctonamente, el hablar peculiar de un pequeño islote lingüístico, y las discordancias o concordancias que se le hallen con el catalán o con el provenzal, por ejemplo, sólo serán valederas para ese islote y no para el resto del territorio peninsular. El que la fortuna política y militar de los castellanos haya extendido luego su propio hablar suplantando a los dialectos mozárabes del centro y del sur, al riojano, al navarro-aragonés y en parte al leonés, no borra quince siglos de historia lingüística anterior» ³⁹. Esta es la reducida habla castellana primitiva, la lengua de excepción, el islote disidente en el seno de la Romania occidental coherente y conservadora.

Queda, pues, claro que, dentro del grupo de romances que forman el provenzal, el catalán, el aragonés, el castellano, el leonés y el portugués, grupo extremadamente fiel al latín, más fiel al latín que el francés disidente, el habla de la pequeña Castilla de los siglos X y XI presenta a su vez la nota diferencial con respecto a los demás dialectos ⁴⁰: «Dentro de una geografía lingüística tan conservadora como es la de la Romania visigótica, estas disonancias dan al castellano una fisonomía singular». Por su parte «la historia justifica también la disonancia castellana. Cantabria, Autrigonia y Vardulia (desde las actuales provincias vascas hasta Asturias) fueron siempre apartadizas. Doscientos años tardaron los romanos en conquistarlas». «Tras las invasiones germanas, esa parte de España, desde Vasconia hasta Asturias, vivió más de 150 años a su albedrío, fuera del dominio visigótico, hasta que Leovigildo la incorporó en

38. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes*, op. cit. §§ 105-106, pp. 507-514.

39. AMADO ALONSO, *Partición*, op. cit., p. 121.

40. Pasajes sacados de AMADO ALONSO, *Partición*, op. cit., pp. 122-124.

574.» «La Castilla Vieja estaba en el corazón geográfico de la antigua Cantabria. Sus tierras, tan tarde y tan mal romanizadas, quedaron luego, en los primeros siglos de la Reconquista, aisladas lingüísticamente, entre los vascos corrales del este, los Picos de Europa al oeste y por el sur el desierto-frontera de los árabes.» «Todavía en el siglo IX, cuando los castellanos salen por primera vez de los límites montañosos de la antigua Cantabria para instalarse en la meseta, en lo que había sido durante más de 150 años un desierto estratégico, los castellanos refuerzan su ya importante sustrato lingüístico (= deficiente romanización) con una abundante inmigración de vascones sin romanizar o apenas iniciados en la romanización.» Como resultado de todas las precedentes premisas históricas, «el castellano común ha salido... de esta primera región castellanizada entre el alto Ebro y el Duero, de esta región tarde y mal romanizada y luego revasconizada en parte en la repoblación de los años 900». Singularizan al castellano, pues, dentro del grupo de los romances occidentales, circunstancias muy afines a las que hemos visto que conferían al francés su carácter tan apartadizo: el futuro dominio castellano es objeto sólo de una romanización imperfecta y tardía, lo cual implica la pervivencia de hábitos prerromanos no completamente cohibidos. A las interpretaciones históricas tradicionales de Menéndez Pidal, utilizadas con tanta sagacidad por Amado Alonso, vienen a añadirse, en los últimos años, los certeros análisis de Rafael Lapesa, quien atribuye en definitiva la adopción de los rasgos disidentes del castellano, a su voluntad precisamente de «hecho diferencial» nacional; así, oponiéndose los castellanos a las maneras de decir de los mozárabes, de León o de las hablas francas ultrapirenaicas, afirmaban su voluntad y aseguraban su independencia con respecto a cada uno de esos focos que la hubieran podido poner en peligro⁴¹.

Amado Alonso ha venido a completar, con su estudio, el magnífico cuadro interpretativo de los romances hispánicos según Menéndez Pidal, extendiéndolo, de manera más decidida y más explícita que el maestro, hasta el provenzal, al propio tiempo que demostrando la necesidad y la justicia de esa ampliación. Y esto tiene su importancia a efectos de la filiación románica del catalán, ya que las concomi-

41. Para la justificación, dentro del tono indicado, de los motivos de la apócope en castellano antiguo, véase RAFAEL LAPESA, *La apócope de la vocal en castellano antiguo. Intento de explicación histórica*, en «Estudios dedicados a Menéndez Pidal», II, 1951, pp. 185-226; una interpretación más general, extendida a los restantes rasgos específicos castellanos, fué expuesta por el mismo Prof. Lapesa el 29 de noviembre de 1954, en el ciclo de lecciones que, sobre el tema «Crisis históricas y crisis de lengua en español» profesó en la cátedra «Milá y Fontanals» de la Universidad de Barcelona.

tancias hispánicas que con él se establezcan no dejan de pertenecer a esa unidad superior de todos los romances occidentales menos el francés: como ya hemos dicho en otro lugar, «la comparación con el gallego... tiene menos valor después de las luminosas páginas de Amado Alonso»⁴², por referirse a una serie de fenómenos básicamente comunes a todas las lenguas del grupo lingüístico mencionado. Ahora se ve mejor lo que antes sólo insinuábamos: Amado Alonso ha dejado en pie el viejo tema polémico de la subagrupación románica del catalán, pero lo ha hecho demostrando que en el fondo carecía de importancia la atribución al catalán de una etiqueta de galorromanismo o de iberorromanismo, y que se puede ser galorromanista del catalán (es decir, pensar que el catalán actúa con mayor afinidad con el provenzal) sin dejar de aceptar lo esencial de la interpretación menéndez-pidaliana: en lo más esencial, los tratamientos del catalán son los del portugués, del leonés, del aragonés, e incluso del provenzal, y sólo difieren de los que ofrece el castellano⁴³.

LA COMPARACIÓN ENTRE CATALÁN Y CASTELLANO

La comparación que en el resto de nuestro estudio vamos a establecer entre catalán y castellano, es, de acuerdo con lo dicho, compatible con la formulación de galorromanismo y de iberorromanismo del catalán. En rigor la comparación se realiza entre el catalán (uno de los romances del grupo conservador, coherente, que va del provenzal al portugués) y el castellano (uno de los dos islotes disidentes — francés y castellano —, aunque sea, de ambos, el que menos se aparta del conjunto).

Conviene recordar ahora los tres principios lingüísticos que establece Amado Alonso, a propósito de las relaciones entre el castellano y cualquier romance del grupo occidental conservador, y que nosotros podemos aplicar a las relaciones entre castellano y catalán, uno de los romances de ese grupo⁴⁴: 1) Primer principio, de geografía lingüística: «en geografía lingüística resulta el castellano el

42. En nuestra *Gramática histórica catalana*, op. cit., § 3, p. 30.

43. Los rasgos, comunes o diferenciales, examinados hasta aquí, son todos de índole fonética, y tal como los propuso Menéndez Pidal y han repetido sus discípulos; en lo que sigue, trataremos de otros aspectos gramaticales, pero de intención queda sistemáticamente fuera de nuestro trabajo el vocabulario, para el cual habría que tener en cuenta otras circunstancias; ahora sólo nos interesa el léxico como portador de unos fenómenos gramaticales (fonéticos, morfológicos) y como integrante de la frase.

44. AMADO ALONSO, *Partición*, op. cit., pp. 124-125.

menos representativo de los idiomas iberorrománicos, porque su solar no fué más que un islote disidente, en medio de dialectos homogéneos que cubrían toda la península y cuyo carácter común y básico (conservadurismo, fidelidad al tipo latino) se prolongaba por el sur de Francia». 2) Segundo principio, de fisiognómica lingüística: «por paradoja, en una fisiognómica lingüística, *resulta el castellano el más ibérico* de los romances peninsulares, porque sus rasgos característicos o son exclusivos o forman un conjunto exclusivo y propio de Iberorromania, y porque, aparte la explicación sustratista de algún cambio aislado como el de $f > h$, es evidente que, en bloque, la separatista evolución del castellano está en íntima relación histórica con la índole menos desiberizada (= menos romanizada) de los cántabros y sus sucesores: una *mens ibérica* ha presidido el desarrollo del castellano». 3) Tercer principio, de historia externa de las lenguas: «en la historia externa (no lingüística) de estas lenguas, *el castellano resulta el principal* de los idiomas iberorrománicos, porque, por su fortuna y sus dotes políticas y guerreras, los castellanos tomaron en el siglo XI la hegemonía peninsular, transplantaron su propio dialecto por reconquista a las tierras del centro y del sur, y lo contagiaron por ventajas generales a los leoneses y aragoneses, de modo que, por la época de los descubrimientos, el castellano se había convertido en el español; es más, en el siglo XVI llegó a ser la lengua del Imperio mundial de Carlos V».

Los tres principios de Amado Alonso tienen, ya se advierte, aplicación muy principal al cotejo entre catalán y castellano. El castellano es el más progresivo, el más evolucionado de los romances del grupo occidental coherente, y, por tanto, de los peninsulares, y entre ellos está el catalán. A esa mayor progresión y evolución del castellano han podido contribuir, ya lo hemos recordado, las aportaciones de sustrato que, como en el fenómeno central de $f > h$, tienen una geografía que lo demuestra de modo satisfactorio⁴⁵. En oposición a ello, el catalán, como perteneciente al grupo de romances más fieles al latín (provenzal, catalán, aragonés, leonés y portugués), representa un estado lingüístico menos evolucionado que el del castellano: éste ha llevado más al extremo (como el francés en el norte) su evolución a partir del latín originario: francés y castellano (más aún el primero que el segundo, pero ambos a fin de cuentas) se distinguen del

45. El mapa dialectal primitivo de la Península Ibérica sólo registra el fenómeno en el pequeño rincón en donde se fragua lo más característico de la fonética castellana, es decir, en la zona que conoce con toda su fuerza la acción del sustrato; posteriormente, y de una manera paralela a la difusión de los demás rasgos específicas suyos, la aspiración de f se extiende por las tierras que el castellano va conquistando para sí.

resto de la Romania occidental por su mayor alejamiento y correspondiente desfiguración de la lengua madre. Por tanto, se desprende de todo cuanto se ha dicho que el catalán es más arcaizante que el castellano, se ha modificado menos que éste en su evolución.

Pero el carácter arcaizante del catalán frente al progresista del castellano, tal como lo acabamos de formular, no es más que la interpretación tradicional; la manera de resolver unos cuantos rasgos fonéticos nos lo ha reiterado antes: es más fiel al punto de partida latino el catalán con las soluciones *falç*, *fulla*, *gendre*, *fet*, *aixada*, *llop*, mientras que a su vez el castellano demuestra haberse alejado más con las resultantes *harina*, *consejo*, *echar*, *leche*, *haz*, *labrar*. La comparación entre las dos lenguas no se agota, sin embargo, con el cotejo que venimos haciendo. Siendo el catalán más arcaizante que el castellano en unos fenómenos fonéticos que han cristalizado en soluciones divergentes en ambas lenguas, natural es que el distinto carácter de los romances tenga otras manifestaciones. Y de esas otras posibles manifestaciones, vamos a fijarnos en la siguiente: a menudo el catalán moderno se encuentra en estados de lengua que han sido sólo etapas mediales en castellano, el cual las ha superado en el curso de su historia, de manera que, desde estos ángulos, el catalán (antiguo y moderno) es comparable y afín al castellano antiguo, pero no al actual. Dicho de otro modo, el tono más arcaico o de mayor fidelidad al latín que distingue al catalán con respecto al castellano, se pone de manifiesto en el hecho de que muchos aspectos lingüísticos que son hoy típicos del catalán, eran mucho más generales en la Romania en siglos anteriores, sobre todo en la fase medieval, y afectaban incluso al castellano: así es como, examinando paralelamente muchos fenómenos de historia lingüística en catalán y castellano, uno se convence de que el catalán lleva un retraso de siglos en relación con la lengua vecina ⁴⁶. Es un hecho natural que, cuanto más arriba nos remontemos en la historia de los romances, mayor número de coincidencias habremos de encontrar, por aproximarnos a la fuente común de todos ellos; por tanto, lo más procedente es que en esas fases primitivas o anteriores a las modernas aumenten las semejanzas. Como, por otra parte, las evoluciones lingüísticas vienen gobernadas por multitud de circunstancias que varían considerablemente para cada idioma, habremos de encontrar asimismo muy natural que sus desarrollos ulteriores no hayan sido uniformes ni coincidentes, ni

46. De lo dicho se infiere que nuestra comparación podría establecerse con varias lenguas románicas; no lo haremos para no alejarnos demasiado del tema central de nuestro estudio, pero sí que recordaremos, casi sólo como muestra de lo que en esta dimensión puede hacerse, algunos casos de sonidos franceses e italianos.

mucho menos. Esta falta de uniformidad y de coincidencia explica las desigualdades que señalaremos a continuación, entre catalán y castellano, en el sentido indicado, de evolución detenida o retrasada de aquél con respecto a éste ⁴⁷. Digamos también que presentamos sólo una selección de ejemplos, los suficientes para hacer comprender la tesis general formulada, con predominio de los de sintaxis, como ya hemos anunciado.

LOS SONIDOS ⁴⁸

1. *Consonantes sordas y sonoras.*

En la pronunciación de las consonantes, el catalán moderno y el castellano también moderno difieren, como es sabido, por poseer el primero un sistema de sordas y sonoras en ocasiones en que el segundo no dispone más que de articulaciones sordas; ejemplo típico de ello es la -s- intervocálica (o final de palabra ante la vocal inicial de la palabra siguiente): *casa*, *dos arbres* se pronuncian con -s- sonora, y se distinguen sistemáticamente de la sorda correspondiente, que encontramos en los ejemplos *caça* y *dos sabres* ⁴⁹. Parecida diferencia entre sorda y sonora encontramos en las articulaciones continuas, sibilantes y chicheantes catalanas en general: *potser* y *dotze*, *tots fan això* y *tots a l'hora* (alveolares africadas, sorda y sonora, respectivamente, dentro de cada grupo), *faixa* y *fageda*, *creix pertot arreu* y *fereix el cor* (palatales fricativas, sorda y sonora, igual que antes), *butxaca* y *pitjor*, *mig pa* y *mig enfadat* (palatales africadas, como antes). Nada de esto ocurre hoy en castellano, pero esta lengua, como es sabido, poseía, en la Edad Media y hasta el siglo xvii, tres pares de sorda y sonora, que ortografiaba como sigue: 1) *ss* y *s*, que eran alveolares fricativas sorda y sonora, respectivamente, como las dos *ss* y *s* del catalán; ejemplos: *passar*, *casà*; 2) *ç* y *z*, que fueron,

47. Aunque antes hemos hablado sobre todo de fases medievales, a veces la comparación se puede establecer todavía entre catalán (moderno, claro está), y el español del Siglo de Oro, el cual presupone una ejemplificación anterior que no siempre nos hemos preocupado por insertar aquí, con el objeto de aligerar nuestra exposición.

48. Redactado ya este capítulo, pudimos disponer, gracias a la amabilidad de nuestro amigo y colega el Prof. Rafael Lapesa y de Editorial Gredos, de un juego de pruebas del trascendental libro póstumo de AMADO ALONSO, *De la pronunciación medieval a la moderna en español*, Madrid, Editorial Gredos, 1955, hoy ya publicado; añadimos, siempre que nos es posible, una referencia al mencionado libro.

49. Véase, por ejemplo, nuestra *Gramática histórica catalana*, op. cit., § 39, p. 112, y T. NAVARRO TOMÁS, *Manual de pronunciación española*, 6.ª ed., 1950, § 154, p. 174.

primero, alveolares africadas, sorda y sonora, como los sonidos catalanes *ts* y *tz*; ejemplos: *çielo* (pronunc. *tsielo*), *plaza* (pronunc. *platza*); luego quedaron suavizadas en fricativas interdentes, sorda (como en *çielo*, pronunciado como en español moderno) y sonora (como en *plaza*, pero pronunciado con un sonido parecido a la *th* sonora inglesa), respectivamente; 3) *x* y *j* o *g*, que representaban articulaciones prepalatares fricativas⁵⁰, una sorda y otra sonora, como los sonidos catalanes *ix* y *j* o *g*; ejemplos: *dixo*, *coger*. Pues bien, estos tres pares de sonidos (ort. *ss-s*, *ç-z*, *x-j* o *g*) vieron desaparecer, en el transcurso del siglo XVI, las articulaciones sonoras correspondientes⁵¹. Con ello y con retrotraerse la articulación de la *x* hasta la uvular moderna *j*, quedaba ya fijada la pronunciación moderna de los seis sonidos antiguos. Tenemos, por tanto, un estado de lengua en el que coinciden el catalán y el español antiguo (salvadas importantes diferencias en cuanto a las modalidades articulatorias de los sonidos correspondientes), y que posteriormente ha sido superado y rectificado por el castellano, con la desaparición de las sonoras en cada caso, mientras el catalán sigue manteniendo la distinción fonológica de sordas y sonoras (ni que haya sido a trueque de ciertas modificaciones).

2. *Articulaciones africadas y fricativas.*

Sabido es que el latín vulgar se caracteriza por la formación de varias articulaciones africadas, y que el prerromance ha continuado la misma tendencia. Así, las lenguas románicas han aparecido con consonantes africadas, de manera que una prelación de los romances atendiendo al grado de su fidelidad con respecto al latín, puede salir del examen de las articulaciones africadas que poseen en la actualidad⁵²; así iríamos del italiano (lengua que conserva bien las africadas) al francés (lengua que las superó en seguida), a través del ca-

50. Su primitiva pronunciación en la lengua arcaica había sido sin duda africada, como decimos más abajo.

51. En el tomo I de su citada *De la pronunciación medieval*, op. cit., AMADO ALONSO no estudia, de los tres pares de sonidos, más que la *ç* y la *z* (ocupan el extenso capítulo III, pp. 93-450, la mayor parte del libro; los otros dos pares serán estudiados en el tomo II, todavía en la fase de elaboración de los materiales póstumos por R. Lapesa); el autor ha puesto a contribución todos los elementos que ha podido, sobre todo críticos (gramáticos, traductores, comentaristas), y ha ensayado, con éxito absoluto, la interpretación de estos aspectos tan esenciales en la evolución de los sonidos castellanos.

52. No hacemos entrar en la cuenta más que los romances más destacados en este aspecto (italiano y francés), además de los que ocupan aquí nuestra atención específica (catalán y castellano).

talán (donde se mantienen todavía algunas) y del castellano (que sólo posee una articulación fija con esta modalidad) ⁵³:

- 1) Italiano: tienen articulación africada: *c + e, i* (*voce, baci*), *ci + voc.* (*cielo*), *g + e, i* (*angelo, giro*), *gi + voc.* (*giardino*), *z inicial* (*zío*), *zi + voc.* (*orazione*), *voc. + nza* (*speranza*), *zz* (*prezzo, giovinezza*).
- 2) Catalán: tienen articulación africada fija: *ts* (*potser*), *tz* (*gatzara*), *tx* o *ig* (*coixe, rebuig*), *tj* o *tg* (*jutjar, homenatge*); con africada ocasional hay la *x* (*xacra*), *j* (*jove*), *i* (*iode*) iniciales ⁵⁴.
- 3) Castellano: tiene articulación africada fija la *ch* (*muchacho*) y, sólo ocasional, la *y* (*cónyuge, enfático yo*) ⁵⁵.
- 4) Francés: carece hoy de articulaciones africadas ⁵⁶.

Como se puede apreciar, a medida que nos alejamos del italiano, lengua que, desde todos los puntos de vista, demuestra mantenerse más fiel al latín originario, vamos encontrando una escala decreciente del número de articulaciones africadas, por este orden, en catalán, en

53. Nos referimos ante todo a las lenguas literarias; no obstante, hemos creído oportuno aludir a algunos tratamientos dialectales, en catalán y castellano, cuando refuerzan nuestra tesis de que la suavización de las antiguas africadas en fricativas es señal de mayor madurez idiomática y de evolución lingüística más adelantada.

54. Para más detalles, véase nuestra *Gramática histórica catalana*, op. cit., §§ 92-98, pp. 96-111; los casos que llamamos de africada ocasional dependen mucho del énfasis o del ritmo que se dé a la dicción, y también de los dialectos, ya que las hablas occidentales del catalán tienden antes a la africación que la lengua literaria o el dialecto central; aun hay, entre las africaciones ocasionales, las que resultan de contactos por fonética sintáctica.

55. T. NAVARRO TOMÁS, *Manual de pronunc. esp.*, op. cit., §§ 118-121, pp. 126-131; sobre la africación de *y* sucede algo parecido a lo indicado para el catalán: el énfasis articulatorio y la velocidad de la emisión son factores importantes para que se produzca africación o fricación articulatoria, respectivamente.

56. No obstante, todo el mundo admite que las fricativas del francés moderno han salido de africadas primitivas, correspondientes a las pronunciaciones mencionadas de latín vulgar y prerromance; veamos sólo algunos ejemplos: 1) iniciales: CA->fr. ant. *tch(a)*->fr. mod. *ch(a)*: CAMPU>*champ*; GA->ant. *dja*->mod. *ja*: GAMBA>*jambe*; C(+E, I)->ant. *tse*- (o *tst*)->mod. *ce*- (o *ci*-): CIVITATE>*ciité*; G(+E, I)->ant. *dje*- (o *dji*)->mod. *g*: GELARE>*geler*; I->ant. *dj*- mod. *j*: IOCU>*jeu*; DI->ant. *dj*->mod. *j*: DIURNU>*jour*; 2) interiores: -CA->ant. *tch(a)*->mod. *-ch(a)*: PECCARE>*pécher*; -GA->ant. *-dj(a)*->mod. *-j(a)*: PURGARE>*purger*; -C(+E, I)->ant. *-fs*->mod. *-s*: MERCERE>*merci*; -G (+E, I)->ant. *-dj*->mod. *-j*: ARGENTU>*argent*; 3) grupos con *yod*: -PI->ant. *-fs*->mod. *-s*: NOPTIAS>*nocés*; -CI->ant. *-fs*->mod. *-s*: FACTA>*face*; -BI- (y -VI-, -MI-)>ant. *-dj*->mod. *-j*: RUBEU>*rouge*; -PI->ant. *-tch*->mod. *-ch*: APPROPRIARE>*approcher*; 4) grupos de dental+s: T+S o D+S>ant. *ts* (ortogr. *z*)>posterior *s*->mod. ↓: AMATIS>ant. *amez*->mod. *alméz*; VIDES>ant. *veiz*->mod. *vois*; ST+S>ant. *ts* (ortogr. *z*)>posterior *s*->mod. ↓: ECCE-ISTOS>ant. (*icez*->mod. *ces*, etc. Véase, como exponente de la bibliografía total, HANS RHEINFLDER, *Allfranzösische Grammatik*, 2.ª ed. (en curso de publicación), 2. Lieferung, §§ 390-420 (pp. 169-170), 475-491 (pp. 193-197), 524-536 (pp. 203-211), 556-563 (pp. 218-221).

español y en francés. El francés es (ya ha quedado ampliamente comentado) la lengua de excepción en la Romanía occidental, la que ha llevado más al extremo su evolución progresiva, y, así, superó sus africadas hace ya siglos.

Entre el italiano y el francés quedan ahora, como en tantos otros aspectos, el catalán y el castellano. De los dos romances, el catalán pertenece a la zona más conservadora, mientras que el castellano repite, aunque con intensidad menor, el papel discordante del francés. En correspondencia con esta actitud lingüística de conjunto, el catalán actual mantiene mejor el sistema de africadas que el castellano⁵⁷. Además, y ello confirma el estado de anterioridad general que implica el predominio de articulaciones africadas, en los casos vacilantes entre consonante africana o fricativa del catalán moderno (como la *j* inicial, en *jove*, *ginesta*), encontramos antes la modalidad africana en los dialectos (sobre todo en los occidentales, pero también en balear) que en la lengua literaria (y en el dialecto central o barcelonés): como, en general, los citados dialectos son arcaizantes en otros aspectos (de léxico, morfología e incluso fonéticos), es natural que identifiquemos la mayor tendencia al uso de articulaciones africadas con las zonas que mejor mantienen estados de lengua anteriores, que la lengua literaria ha ido superando⁵⁸.

El catalán posee, pues, dos pares de fonemas africados: son los que, entre otras soluciones ortográficas, se expresan por *ts* (sordo)-*tz* (sonoro), ambos alveolares, y *tx* (sordo) - *tj* (sonoro), ambos palatales. A efectos de nuestra comparación con el castellano, y para poder seguir afirmando que el catalán mantiene estados de lengua que el castellano ha superado hace ya tiempo, es preciso que veamos qué nos ofrece, a este respecto, el castellano medieval. En los últimos decenios ha quedado fuera de duda el carácter africano de las antiguas *ç* y *z* (de que hemos hablado antes), que eran cuasi *ts* y *dz* respectivamente (es decir, alveolares africadas, sorda la primera y sonora la segunda), modalidad africana que dura hasta entrado el siglo XVI, pero que desaparece a fines de esta centuria, para acabar siendo sustituida por una fricación ciceante que iguala los dos sonidos, antes diferentes, en la moderna *z*⁵⁹. Queda, todavía, el otro par de *tx* y

57. Aquí nos interesa ante todo una caracterización general; no olvidamos que en catalán antiguo (y de éste al moderno), ha habido evoluciones en sentido opuesto al que ahora nos ocupa (ya que se registra *j > tj* junto a *tj > j*), evoluciones que en cada caso encuentran su justificación particular; pero ahora intentamos una especie de valoración de conjunto de esos sonidos en la economía total de la lengua.

58. Véase nuestra *Gramática histórica catalana*, op. cit., loc. cit.

59. El tratado definitivo sobre este proceso, después de una rica bibliografía, nos lo ha dado AMADO ALONSO, *De la pronunciación medieval*, op. cit., cuyo capítulo III,

tj. Las africaciones producidas en el latín vulgar común señalaron durante siglos el estado lingüístico prerrománico con esta pronunciación: nos lo demuestran las articulaciones del francés primitivo (de momento africadas, resueltas luego en las fricativas correspondientes; comp. nota 56); todo ello viene a apoyar la tesis de que la *j* en español primitivo tenía también matiz de africación⁶⁰. En suma, también aquí vemos que el catalán moderno se encuentra en una situación parecida a la del español medieval, pero que éste superó rompiendo una vez más la relativa comunidad idiomática⁶¹.

3. Otros aspectos fonéticos.

Todavía señalaremos un par de rasgos fonéticos; como antes, ofrecen un claro paralelismo entre catalán y castellano, pero sólo en la época medieval, porque luego el castellano supera y abandona la pronunciación coincidente, que pervive en catalán, común o dialectal. Nos referimos a la *l* de resonancia velar y a la *v* labiodental.

Como es sabido, uno de los sonidos que más afea el castellano hablado por catalanes es la *l* con resonancia velar, típica de la lengua

como ya hemos dicho (nota 51), aparece consagrado a la *ç* y a la *z*; se recogen las distintas opiniones emitidas por los filólogos, se cotejan las primeras descripciones de los sonidos, sus reliquias en judeo-español, y, sobre todo, los comentarios y equivalencias que los extranjeros establecen con los sonidos de sus propias lenguas, así como las descripciones de gramáticos españoles; destaca, al final, la llamada reconstrucción panorámica, con detalles de la evolución fonética, alusiones a aspectos teóricos (fonología) e históricos (generaciones e individuos), y la indispensable distribución geográfica.

60. Desgraciadamente, el tratado sobre *x* y *j-g* forma parte del segundo tomo del libro *De la pronunc. med.*, op. cit., de AMADO ALONSO, cuya elaboración definitiva fué encargada por su autor, en el lecho de muerte, al Prof. Rafael Lapesa, y ha de pasar bastante tiempo hasta que dispongamos del detalle de sus argumentos y aportaciones documentales. No obstante, nos permite aceptar la existencia de las africadas palatales en español antiguo la naturalidad con que hablaba de ellas el propio Amado Alonso en varios trabajos de sus últimos años (comp. AMADO ALONSO, *La LL y sus alteraciones en España y en América*, en «Estudios dedicados a Menéndez Pidal», II, 1961, pp. 80-85), como ha hecho notar recientemente JUAN COROMINAS, *Para la fecha del yeísmo y del lleísmo*, «Nueva Revista de Filología Hispánica», VII, 1953 («Homenaje a Amado Alonso»), pp. 81-87.

61. Parece abonar cuanto decimos sobre la suavización de africadas en fricativas, el hecho de que el andaluz (dialecto innovador en varios campos, y en especial en la fonética) practique esa conversión, relajando la *ch* en una articulación parecida a la de la *ix* catalana; he aquí cómo resume algunas de esas innovaciones andaluzas RAFAEL LAPESA, *Historia de la lengua española*, 3.ª ed., 1955, p. 315: «Peculiarmente andaluza es la relajación de la *ch*, que llega a despojarse de su oclusión inicial y a convertirse en fricativa [como el fr. *ch* o cat. *ix*]: *noxte*, *muxaxo*, por *noche*, *muchacho*. Gracias a esto, al yeísmo y al rehilamiento de la *y*, el andaluz más avanzado simplifica el heterogéneo trío de fonemas palatales castellanos *ch*, *y*, *ll*, y los reduce a la pareja, perfectamente homogénea, de *x* sorda (<*ch*) y *j* sonora (<*y*, *ll*). Para las anomalías en la pronunciación de las palatales españolas, véase, por ejemplo, T. NAVARRO TOMÁS, *Manual de pronunc. esp.*, op. cit., pp. 127-131.

catalana; «aun cuando su articulación sea efectivamente alveolar, el posdorso de la lengua, retrayéndose, forma, en la pronunciación de la *l*, una amplia zona de resonancia en la parte velar de la cavidad bucal, de suerte que el efecto producido por la *l* catalana es de un sonido velar»⁶². Pues bien, este sonido cuya articulación delata, en la pronunciación castellana de hoy, el forasterismo lingüístico del que la emite, fué muy corriente en castellano primitivo; la *l* velar era uno de esos rasgos que caracterizan la fase arcaica de las lenguas románicas, como lo demuestran éstas, a veces, por evoluciones secundarias. Así, el castellano antiguo poseía una *l* con fuerte resonancia velar que facilitaría la vocalización *l* > *u*: no de otro modo se explican ALTERU > *autru* > *ótro*, MONTE-ALTU > *Montoto*, EXMULGERE > asturiano *esmucir*, etc.⁶³. Las lingüísticas catalana y castellana tienen todavía de común, en la evolución del grupo de *vocal + l + consonante* (tipo lat. ALT(E)RU, ALTU), el inicio de procesos de vocalización *l* > *u* (el cat. ant. *autre*, etc., o el citado cast. *Montoto* < MONTE-ALTU, etc.), luego superados por un restablecimiento culto del grupo latino: cat. mod. *altre*, cast. mod. *alto*⁶⁴.

También hubo comunidad entre catalán y castellano, en la Edad Media, en cuanto a la articulación de la consonante escrita *u* en los manuscritos, y hoy ortografiada *v*. Se ha venido admitiendo tradicionalmente que la *B* y la *V* latinas quedaron confundidas, ya en latín vulgar, en una sola articulación bilabial fricativa (como la *b* intervocálica moderna, catalana o castellana), de modo que esto explicaba la confusión de ambos sonidos en castellano⁶⁵, como ha resumido taxativamente Amado Alonso: «Hasta ahora todos hemos entendido que la antigua *b* era oclusiva bilabial y la antigua *v*, fricativa bilabial»⁶⁶. Pero los estudios del mismo Amado Alonso, en sus úl-

62. Véase nuestra *Gramática histórica catalana*, op. cit., § 96, p. 103.

63. Para los ejemplos, véase R. MENÉNDEZ PIDAL, *Manual de Gramática histórica española*, 6.ª ed., 1941, § 9, pp. 53-54; § 47, p. 138; que esta *l* velar hubo de ser rasgo muy extendido entre los romances, lo prueba el hecho de que el francés lo presuponga para algunas de sus evoluciones; comp.: MOLERE > ant. *moldre* > mod. *moudre*; SALVU > *sauf*.

64. Véase, por ejemplo, nuestra *Gramática histórica catalana*, § 79, pp. 189-192, y R. MENÉNDEZ PIDAL, *Gramática histórica esp.*, op. cit., § 9, p. 54.

65. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Gram. hist. esp.*, op. cit., lo más que concede, a este respecto, es que «la *b* intervocálica [latino-vulgar] se hizo fricativa, confundiéndose con la *v*, que en unas regiones era igualmente bilabial y en otras labiodental» (§ 84, p. 91); en otros sitios, trata de la distinción medieval entre oclusiva (*b*) y fricativa (*v*), y de su confusión ulterior, sin especificar, empero, la naturaleza articulatoria de esa fricativa, más bien dejando entender que ya era bilabial (§ 85 bis, p. 114); parecida imprecisión se nota en los §§ 37 (pp. 118-119) y 43 (pp. 133-134). Citamos este texto porque encabeza una bibliografía que en el fondo no hace sino repetir el primero.

66. AMADO ALONSO, *De la pronunc. med.*, op. cit., p. 23; el autor añade:

timos años, y sobre todo su obra póstuma sobre historia de la pronunciación española, han venido a afirmar de manera categórica e irrefutable, que la *v* castellana medieval poseía articulación labiodental fricativa, y, lo que es todavía más, que la confusión de *b* y *v* no es sino una manifestación más de la revolución fonética castellana que, incubada desde mucho antes, se consuma en el siglo XVI⁶⁷.

El castellano antiguo distingue, pues, entre *b* y *v*; también el catalán pronunciaba de manera diferente una y otra de ambas consonantes, distinción que se ha mantenido hasta hoy en extensas zonas de habla catalana: el balear, el valenciano (no central), el alguerés y el habla del Campo de Tarragona siguen articulando la *v* labiodental, en oposición a la *b* labial. También en estos aspectos, pues, el catalán conserva un estado de lengua que el castellano ha abandonado en épocas anteriores a la actual.

LAS FORMAS

1. *El artículo determinado.*

Paralelismos entre catalán (antiguo y moderno) y castellano antiguo, del tipo de los indicados para los sonidos, se encuentran en las otras partes de la gramática; siempre nos encontramos con que los antiguos paralelismos ya no existen en la actualidad, por haber rectificado el castellano, más evolucionado, en el sentido de superar estados pretéritos de lengua que el catalán mantiene todavía. Entre los varios que se pueden recordar a propósito de las formas gramaticales, hemos escogido el artículo determinado y la tercera conjugación latina.

Como es sabido, los artículos de las lenguas románicas proceden, por lo común, de demostrativos latinos, e incluso desde el punto de

«Lo atribuíamos a sustrato ibérico, relacionándolo con el cambio *f* > *h* (*humo*, *hazer*), y nos apoyábamos en la falta de labiodentales en las lenguas ibéricas. Parecía añadir fuerza a esta explicación la geografía del fenómeno, que no sólo se extiende a los dominios del castellano y de sus vecinos leonés y aragonés, sino que alcanza al gallego, al portugués del Norte y a vastas regiones del catalán».

67. «El paso del sistema antiguo al moderno en *b* y *v* entra en el movimiento fonético general de ablandamiento del consonantismo y en el otro fonológico de renuncia a oposiciones fónicas hasta entonces significativas que provocaron aquella revolución fonética del siglo XVI», leemos en AMADO ALONSO, *De la pronunc. med.*, op. cit. p. 71; el tratado sobre la *b* y la *v* del libro mencionado constituye su capítulo I, pp 23-71, y con él sigue el autor su metodología habitual, de análisis de cuantos testimonios ha podido recoger sobre la pronunciación de las consonantes estudiadas, e interpretación general de datos.

vista del significado también son, los artículos, demostrativos atenuados, demostrativos que han perdido la posibilidad de concretar la situación espacial (en uno de los tres términos de la demostración) del objeto al cual determinan. Esto nos explica que cualquier demostrativo latino haya podido dar origen al artículo románico; y, en efecto, a pesar de que en las lenguas romances ha prevalecido, en general, el que deriva de ILLE, no podemos olvidar dos hechos: primero, las lenguas románicas primitivas usan cualquier demostrativo latino (o el antiguo pronombre de identidad, IPSE) con evidente valor de artículo, y, segundo, en varias zonas arcaizantes de la Romania (Cerdeña, Gascuña, etc.), entre las cuales se cuentan ciertos sectores del dominio catalán, se mantiene hasta hoy el artículo derivado de IPSE; así, hoy conservan este artículo el dialecto balear y una larga y estrecha faja de la Costa Brava catalana (donde, sin embargo, en la actualidad se encuentra ya en situación poco menos que agonizante) ⁶⁸.

Esta es la situación general del artículo en el dominio catalán; el catalán es, pues, una de las lenguas románicas que conserva el artículo derivado de IPSE, y que, a pesar de la generalización ya medieval de ILLE ⁶⁹, no ha podido sacudirse por completo el arcaísmo que representan las modernas soluciones dialectales mencionadas. Este estado de convivencia de ILLE, IPSE y aun otros artículos, es también del castellano arcaico; Menéndez Pidal lo ha resumido así: «Los demostrativos pueden ofrecer [en español primitivo] tan atenuada su significación propia, que vengan a quedar como simples artículos, restos, sin duda, de la época anterior al triunfo completo de ILLE para el artículo» ⁷⁰, y cita varios ejemplos («et andido toda *essa* noche», «*es* dia es salido», etc.). El artículo determinado constituye,

68. Véase, en general, nuestra *Gram. hist. cat.*, §§ 135-136, pp. 283-287.

69. Fundamental es para esto el artículo de A. GRIERA, *L'article en català i la llengua literària*, «Butlletí de Dialectologia Catalana», V, 1917, pp. 50-60; en él se demuestra que IPSE fué universal en la lengua preliteraria de todo el dominio, ya que este artículo se usa exclusivamente en los documentos latinos de los siglos X y XI, incluso en aquellos en los cuales ya abundan determinadas formas vulgares; la lucha entre IPSE e ILLE se pone de manifiesto en documentos del siglo XII donde conviven *es* y *el*; a partir del siglo XIII los artículos *es* y *sa* decaen; la superposición de ILLE a IPSE se debe al influjo de la lengua escrita cancelleresca. Del antiguo predominio de IPSE en la mayor parte del dominio quedan hoy numerosos topónimos que ya no han podido desprenderse del artículo: *Puigsacalm, Collsuspina, Sant Hilari Sacalm, Palau Sacosta*, etc.; véase A. ALCOVER, *L'article «es» i «sa» dins la toponímia catalana*, «Bolletí del Diccionari de la Llengua Catalana», II, 1905, pp. 347-360, y *Els articles «es», «s'», «sa» dins la toponímia actual del Principat*, en el mismo «Bolletí», IX, 1917, pp. 349-352.

70. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Cantar de Mio Cid. Texto, gramática y vocabulario*, I, Madrid, 2.ª ed., 1944, § 139, pp. 329-330; véase también, del mismo autor, *Gram. hist. esp.*, op. cit., § 100, pp. 260-261, y *Orígenes del español*, op. cit., § 65, p. 339, donde se citan ejemplos a partir del siglo X.

por tanto, otro caso de paralelismo antiguo entre catalán y castellano, resuelto por la evolución progresiva de éste.

2. La tercera conjugación latina.

Algo semejante podemos afirmar por lo que respecta a la conservación de la tercera conjugación latina (-ERE, con E breve). Ciertamente, el latín vacilaba ya en algunos verbos, sobre su acentuación y sobre la correspondiente atribución a la segunda o a la tercera conjugación (FÉRVERE o FERVÉRE, ÓLERE u OLÉRE, etc.), y si algunos romances ofrecen el paso de la segunda a la tercera en varias ocasiones (RESPÓNDERE, MÓVERE, DÉBERE), también los hay que presentan una nivelación en sentido contrario, como el español (al presuponer SAPÉRE, CADÉRE, CAPÉRE), lengua en que se ha generalizado la fusión de ambas conjugaciones en favor de la segunda latina; comp. esp. *correr, leer, romper, verter* ⁷¹. No obstante, la fusión no fué tan absoluta, por lo menos de momento, que no permitiera la perduración de varios restos de la antigua tercera conjugación; se concretan en tres verbos que aparecen en español primitivo ⁷²: el verbo FAC(E)RE, cuya acentuación explica las formas *far-fer(e), facmus-femos, feches, fech*; el verbo VÁD(E)RE, con *vamos, vades*, y el verbo TRÁH(E)RE, con el imperativo *tred*; añádanse los topónimos sobre VÍVERE (*Benbiber, Benviure*, etc.), donde, claro está, no se percibe ninguna idea verbal.

El castellano primitivo nos ofrece todavía, pues, pervivencias de la tercera conjugación latina; es un arcaísmo que se opone a la tendencia más operante en la lengua, por lo que se refiere a la acentuación verbal, que es la nivelación en favor de la segunda, como ya hemos dicho. Esas pervivencias son pronto superadas por el castellano, que las elimina por su arcaísmo y por su contradicción con las tendencias victoriosas en morfología verbal. El paralelismo del castellano antiguo (anterior a la simplificación de las formas indicadas) con el catalán es, una vez más, evidente; y es de notar, aquí, naturalmente, el paralelismo material, concreto, de los verbos citados (cat. *fer, fem, feu; vam-ven, vau-veu* ⁷³; el infinitivo *traure-treure*, ya que no el imperativo, que tiene hoy acentuación débil en catalán); pero más notable es todavía el paralelismo general, que mejor retrata, por así decir, la actitud del catalán en fenómenos cruciales de la

71. R. MENÉNDEZ PIDAL: *Gram. hist. esp.*, op. cit., § 110, p. 286.

72. Véase R. MENÉNDEZ PIDAL: *Cantar de Mio Cid*, op. cit., I, pp. 189 y 271; *Gram. hist. esp.*, op. cit., § 106, p. 279, y *Orígenes del español*, op. cit., § 72, p. 356.

73. En las formas que constituyen el perfecto perifrástico: *vam cantar* por *cantàrem*; en el presente, en su sentido más propio, tiene hoy el catalán formas analógicas: *anem, aneu*.

gramática; frente a la nivelación radical castellana en favor de una sola conjugación, la conservación catalana de las dos latinas, que implica al mismo tiempo cesiones a modelos galorrománicos e ibero-románicos. Esta conservación catalana de mayor alcance ha de coincidir, pues, con la esporádica y transitoria del castellano antiguo, y nos ha ofrecido el ejemplo de otro caso de concordancia entre ambas lenguas que el propio castellano se encarga, poco después, de eliminar por superación.

LA FRASE

1. Concordancia del participio.

Las lenguas románicas, en su primera fase, presentan de manera constante el participio concertado con el complemento; valga como ejemplo el cast. ant.: *la lança a quebrada*⁷⁴. Estamos todavía muy cerca de los valores latinos del participio, y, al mismo tiempo, del significado, también latino, de HABERE 'tener', lo cual justifica las construcciones concertadas: en efecto, si HABEO PARATUM significa, en principio, 'tengo preparado', presupone toda una flexión (HABEO PARATOS, y los femeninos). Lentamente el verbo *haber* va aligerándose de su valor originario de 'tener'⁷⁵, y, más lentamente todavía, el participio tiende a inmovilizarse en la forma neutra e invariable que vemos en los modernos cast. *he preparado* o cat. *he preparar*. El castellano antiguo supera pronto, muy pronto, la concordancia del participio⁷⁶: ya en el *Cantar de Mio Cid* aparecen, junto a los casos de acuerdo (*vedada l'an compra*, o el antes citado *la lança a quebrada*),

74. Puede ser útil tener aquí a la vista algunos de los ejemplos románicos que trae E. BOURCIEZ, *Éléments de Linguistique Romane*, 4.^a ed., Paris, 1946; primero, en latín: *multa bona bene parta habemus* (PLAUTO) 'nous avons une fortune bien acquise', *in ea provincia pecunias magnas collocatas habent* (CICERÓN) 'ils ont de grosses sommes placées dans cette province'; en estos dos ejemplos, a pesar de que predomina, para HABERE, el significado de 'tener, poseer', se encuentra en germen la nueva construcción que (a través de tipos como *cognitum habeo, si habes jam statutum*, de CICERÓN) aparece ya lograda dentro del mismo latín: *si miles qui habebat jam factum testamentum, aliud fecisset* (ULPIANO) (donde el grupo *habebat factum* ya «paraît bien être très voisin de fecerat» (§ 126; pp. 116-117); luego se generaliza este uso, que, naturalmente, en románico primitivo presupone todavía la concordancia del participio; a los ejemplos castellanos citados arriba, añadamos uno de francés antiguo: *ceis qui avoient faite la meslee* (VILLEHARDOUIN) y uno de provenzal: *Cum ac presa la toala* (Evang. S. Juan) (§ 319, p. 380).

75. Recuérdese el trabajo fundamental de EVA SEIFERT, «*Haber* y «*tener*» como expresiones de la posesión en español», *Revista de Filología Española*, XVII, 1930.

76. R. MENÉNDEZ PIDAL: *Cantar de Mio Cid*, op. cit., I, § 171, pp. 360-361; R. LAPESA, *Hist. de la lengua esp.*, op. cit., pp. 149, 248-249.

algunos participios invariables (*dexado ha heredades e casas e palacios*), y, aunque la ley de la concordancia parece ser más observada en el siglo XIII que en el XII, también es cierto que ya no faltan nunca participios sin concordar (en el mester de Clerecía, en el Arcipreste de Hita, etc.) hasta su generalización en el siglo XV, a pesar de alguna pervivencia esporádica de concordancia incluso en el mismo siglo XVI. El castellano entra, pues, en la época de su mayor esplendor literario con la regulación del uso del participio que, en cuanto a la concordancia, queda, ya entonces, establecido de forma que todavía hoy no ha sido alterado.

Muy distinto es lo que ocurre con el participio en catalán. Su concordancia con el complemento verbal es general en la lengua antigua, correspondiendo al proceso mencionado; que empieza en latín vulgar. Pero el uso concertado, en vez de mostrar tendencia a desaparecer, se mantiene normalmente en la literatura catalana antigua, ha ido perviviendo en el habla corriente hasta la época moderna, y es uso que se encuentra, todavía hoy, relativamente bien defendido en el habla del pueblo, sobre todo en el dialecto balear, y también en el valenciano⁷⁷. No obstante, la lengua común ya no practica la concordancia en la actualidad: *ha tancat la porta, hauran portat els llibres*. Pero reiteremos que la superación de esta ley sintáctica es cosa muy reciente en catalán, como se comprueba por su vitalidad hodierna en tierras de Mallorca y de Valencia, frente a la temprana y decidida actitud del castellano, que ya apunta el camino futuro en su primer texto literario. Es más: como es sabido, y según las reglas gramaticales vigentes, el participio catalán concuerda con el complemento verbal cuando éste es un pronombre de tercera persona (*el, la, els*,

77. Sobre esto es de gran interés la consulta del extenso, difuso y original (pero también muy documentado) trabajo de A. ALCOVER, *Questions de llengua y literatura catalana*, «Bolleí del Diccionari de la Llengua Catalana», I, 1902-1903, pp. 483-502, donde aparecen coleccionados muchos ejemplos antiguos, y donde se atribuye a influencia castellana la falta de concordancia. Pocos años después, en el Primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana (Barcelona, octubre de 1906), desarrolló A. Alcover el tema VI, sobre concordancia del participio con el término de la acción, para lo cual se valió, en realidad (y como dice él mismo de manera explícita) de un resumen del mencionado capítulo de las *Questions*; en las conclusiones del tema, se proclama que la concordancia del participio «es una ley interna de la lengua catalana», apoyada por la lengua escrita antigua y muchos usos modernos, y que «la infracción de la ley de concordancia... es deu exclusivament a l'influencia castellana». Verdad es que Pompeu Fabra presentó al Congreso una enmienda total a las conclusiones de Mn. Alcover, haciendo ver el uso concertado del participio como una evolución que, resuelta más o menos rápidamente, han conocido todas las lenguas románicas (*Primer Congrès de la Llengua Catalana*, 1908, pp. 124-129). Sin duda teniendo en cuenta las aportaciones de Alcover, pudo escribir E. BOURCIEZ, *Eléments de Ling. Rom.*, op. cit., § 319, p. 380, que «certains idiomes, comme le catalan, ont conservé [l'accord du participe] jusqu'à l'époque moderne dans tous les cas (cat. *ha tancada la porta* — 'il a fermé la porte')».

les, en) ⁷⁸, principio fundado en la interpretación del sentir lingüístico más puro. Hay que reconocer, de todas formas, que el habla corriente, y en concreto el barcelonés, evitan hoy toda construcción concertada, generalizando así el uso invariable del participio, ni que sea forzando la norma preceptiva ⁷⁹.

2. Los verbos copulativos.

La distinción de los dos verbos copulativos *ser* y *estar* es una de las peculiaridades idiomáticas de las lenguas de la Península ibérica. Dos verbos diferentes (correspondientes por lo común a uno solo en la mayor parte de lenguas) conocen, pues, el catalán y el castellano, para la expresión de las oraciones atributivas ⁸⁰. El estudio y clasificación de valores de los dos verbos en ambas lenguas nos llevaría a un tratado monográfico de tales proporciones que hacen imposible cualquier intento de traerlo aquí, aunque fuese resumido. Vamos a limitarnos a sacar, de esos valores comparados, un argumento más para nuestra explicación del carácter más arcaizante del catalán con respecto al castellano. Como ocurre en los casos ya estudiados, el catalán y el castellano medievales aparecen con mayor número de rasgos comunes que los que permiten relacionarlos hoy, y esa comunidad de rasgos se deshace las más de las veces por la superación, por parte del castellano, de unos estados de lengua a los cuales, por el contrario, permanece más fiel el catalán.

Así vamos a ver cómo varios criterios específicos sobre el verbo sustantivo en castellano antiguo se oponen a los correspondientes en castellano moderno, pero permanecen todavía hoy en catalán ⁸¹: 1) Los dos verbos se usaban en castellano primitivo con la significación de 'hallarse accidentalmente una persona en un lugar', pero predominaba, con mucho, *ser* sobre *estar*: *con ellos son* (hoy sería *con ellos están*; comp. cat. *són amb ells*); la frecuente locución cidiana

78. Así, frente a la invariabilidad del participio *visto* en las frases castellanas *lo ha visto (el libro)*, *la he visto (la libreta)*, *los ha visto (los libros)*, *las ha visto (las libretas)*, el catalán preceptúa las siguientes equivalencias: *l'ha vist (el llibre)*, *l'ha vista (la libreta)*, *els ha vistos (els llibres)*, *les ha vistes (les libretes)*, y también *n'ha vistos (de llibres)* y *n'ha vistes (de libretes)*.

79. En el caso de la nota anterior, el barcelonés dice fijamente como el castellano: *l'ha vist (el llibre o la libreta)*, *els ha vist (els llibres)*, *les ha vist (les libretes)* y *n'ha vist (de llibres o de libretes)*.

80. Parecida distinción entre *ser* y *estar* establece el portugués, también lengua peninsular (comp. port. *ser bom* y *estar bom*), pero prescindimos de ello centrando nuestra comparación en el catalán y el castellano.

81. V. GARCÍA DE DIEGO, *Gramática histórica española*, Madrid, 1951, pp. 321-326, de donde sacamos casi todos los ejemplos que siguen, del *Cantar del Cid* en su mayoría.

quantos que y son (hoy : *cuantos están*; en cat. *tots els que hi són*); dentro es su mugier (hoy : *dentro está su mujer*, y en cat. *la seva dona és (a) dintre*); ¿o eres mio sobrino? (hoy : *¿dónde estás?*, pero en cat. *on ets?*); fuera era en el campo (hoy : *fuera estaba*, pero en cat. *era (a) fora*); 2) con el valor de 'hallarse en general una cosa en un lugar' se usaba casi exclusivamente *ser* : *El mio hospital, que es cerca del dicho monesterio* (hoy : *que está cerca*, pero en cat. *que és (a)prop*); *aquellas casas que son en las tenerías de Sancta Gadea* (hoy : *que están*, en cat. *que són*); 3) con participios se usa hoy *estar* para designar una idea adjetiva que exprese la manera o disposición del sujeto, o la terminación de la acción, pero el castellano primitivo construía muy a menudo estos casos con *ser* : *abiertas son las puertas, duerme la Muslemía* (hoy : *abiertas están*, pero cat. *obertes són*); *la cena es adobada* (hoy : *está*; en catalán tenemos hoy *és* o *està*, según predomine el aspecto «dispositivo» o el terminativo de la acción); aun en el *Quijote* : *su barba que era hecha de la cola de un buey* (hoy : *que estaba hecha*, pero cat. *que era feta*). Como se ha podido apreciar, el catalán se mantiene, en varios casos, en el antiguo estado coincidente con el castellano primitivo, en cuanto a los usos de *ser* y *estar*. En cambio, otras ocasiones han sido, para ambas lenguas, de sustitución progresiva de *ser* por *estar*, lo cual tanto demuestra el sentido de la evolución (hacia el predominio de este último), como hasta qué punto es arcaizante conservar el antiguo *ser* (y es lo que hace reiteradamente el catalán). He aquí, pues, un par de muestras del proceso de *ser* a *estar*, en casos que alcanzan a ambas lenguas : 1) el cast. ant. *ser cansado* y el cat. ant. *ésser cansat* (hoy dialectal y rústico, pero bastante extendido en estos medios), son hoy, respectivamente, *estar cansado* y *estar cansat*; 2) el adjetivo *alegre*, a pesar de indicar cualidad temporal, se construía en la Edad media con *ser* tanto en catalán (*la ost fou alegra la nuyt*, *Crònica* de JAUME I) como en castellano (*todos eran alegres*, *Cantar de Mio Cid*), mientras que hoy, referido a un estado transitorio, pide *estar* en ambas lenguas ⁸².

3. Perífrasis verbales.

El mundo gramatical de las perífrasis verbales está lleno de matices significativos, y, también aquí, resulta imposible ensayar ahora una comparación global de las construcciones perifrásticas catalanas

82. Hay que reconocer que en los últimos decenios *estar* se abre paso, y sustituye muchas veces el uso propio y genuino de *ser*; naturalmente, la gramática normativa lucha contra esa extensión en el uso de *estar*, que no tiene apoyo en la historia de la lengua.

y castellanas. Limitémonos a unos pocos casos expresivos, y de cara a nuestra teoría general sobre el arcaísmo de la sintaxis catalana. Destaca el uso de *ser* como auxiliar: en castellano antiguo, los verbos intransitivos, en general, y los reflexivos propios piden el verbo *ser* como auxiliar, en vez del moderno *haber*; conocidos ejemplos cidianos son: *venidos son, son legados, era descavalgado; es levantado, era puesto el sol*, etc.; aunque ya el mismo *Poema del Cid* presenta en ocasiones avances de la construcción que más tarde vencerá (*an entrado, ovo corrido*, etc.), lo más corriente es que el auxiliar *ser* se mantenga durante largo tiempo: hasta el siglo XVI alternan *ser* y *haber*, y sólo en el XVII el primero decrece hasta olvidarse⁸³. Por más que el proceso haya sido más laborioso que otros aducidos antes, el español ha acabado por regular el uso de *haber* como auxiliar de todos los verbos de la lengua. Como siempre, el proceso ha sido mucho más lento en catalán: el auxiliar *ser* se encuentra constantemente en la literatura antigua con los verbos pronominales y los intransitivos, hoy tiene plena vitalidad en catalán dialectal (sobre todo en Mallorca y en tierras de Gerona, donde se llega al extremo de auxiliar con *ser* algunos verbos transitivos: dial. *so vist el seu pare*), e incluso la antigua construcción permanece en la lengua común y en barcelonés, en algunas locuciones hechas, como: *on s'és vist això?*⁸⁴. Aun gobernada por la misma tendencia general a universalizar el verbo *haber* como auxiliar, la lengua catalana la ha obedecido con notable retraso en relación con la castellana.

La historia de la sintaxis verbal románica, especialmente de la castellana, se caracteriza por los ininterrumpidos retrocesos de la antigua voz pasiva, modalidad expresiva que no ha sido nunca popular, ni en latín ni en romance. Así, en el *Cantar del Cid*, «la voz pasiva tenía mucho más uso que hoy día, en que se prefiere el giro impersonal»⁸⁵, de manera que sus construcciones pasivas buscan hoy otros medios de expresión: *echados somos de tierra (Cid)*, sería hoy: *nos echan*; *el sabor que d'end e non será olvidado (Cid)*, sería hoy: *no lo olvidaré*. Un proceso parecido se nota en catalán, pero, como siempre, éste aquí es mucho más lento: el catalán literario, antiguo y moderno, ha usado siempre más que el castellano de la voz pasiva; aun hoy, si es verdad que los giros pasivos ya no se admiten en el habla corriente, ni en la literatura espontánea, suministran las maneras más genuinas de la lengua correcta, en especial de la prosa de

83. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Cantar de Mio Cid*, op. cit., § 169, p. 359.

84. Véanse ejemplos en A. ALCOVER, *Qüestions de llengua*, op. cit., pp. 468-483; P. FABRA, *Gramática de la lengua catalana*, Barcelona, 1912, § 104, pp. 135-136.

85. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Cantar de Mio Cid*, op. cit., I, § 163, p. 348.

tipo científico; por ello, el uso reiterado de la pasiva refleja y más de la pasiva impersonal (ej. *la subscripció es farà efectiva la setmana que ve*) nos hacen atribuir carácter castellanizante al texto que lo admite con excesiva facilidad ⁸⁶.

La preposición *de* es frecuentemente el nexo entre los dos elementos verbales de la perífrasis. Fijándonos ahora de modo concreto en la introducción del infinitivo dependiente de verbos de decir y pensar, hemos de establecer que este uso caracteriza el castellano medieval (recuérdense algunas fórmulas épicas, como *pensar de cavalgar*, etc) ⁸⁷, y todavía se encuentra, en algunas combinaciones, en la edad de oro (así en varias construcciones típicas, como *determinar de*) ⁸⁸. En catalán éstas han sido siempre las maneras habituales de enlazar los dos verbos, y hoy son las resoluciones más correctas, de suerte que la gramática preceptiva prefiere *ha resolt de fer-ho així* a *ha resolt fer-ho així*. Debemos reconocer, sin embargo, que el nexo prepositivo *de* no asoma nunca al habla corriente, y que son muchas las ocasiones en que se omite, incluso en textos escritos; pero, a pesar de ello, es, evidentemente, un tipo sintáctico que ha pervivido hasta hoy, mientras que en castellano ha desaparecido con bastante anterioridad.

4. El subjuntivo de subordinación ⁸⁹.

Los comienzos románicos se caracterizan por una decidida tendencia a expresar las realidades objetivas fijamente en modo indicativo. Posteriormente va introduciéndose el subjuntivo, a pesar de tratarse de acciones reales, con lo cual la lengua señala el hecho de la subordinación, repitiendo de un modo curioso una evolución que ya había tenido lugar del latín arcaico al clásico; la victoria del subjuntivo como signo de subordinación denota una mayor experiencia de los usos idiomáticos. Las dos fases de este proceso — indicativo y subjuntivo — se pueden ver en los ejemplos siguientes: cast. ant. *quando los gallos cantarán (Cid)*, que hoy sería: *cuando los gallos*

86. Reconozcamos, no obstante, que una frase como la citada arriba se formula siempre así (*es farà efectiva*), y que por ello se siente artificioso cualquier otra solución más correcta (*serà feta efectiva, hom farà efectiva*, etc.).

87. R. MENÉNDEZ PIDAL, *Cantar de Mio Cid*, op. cit., II, p. 793, s. v. *pensar*.

88. Un par de ejemplos: *Determiné de encerrar — la fiera que había nacido (CALDERÓN)*; *determinó de buscar el fin de tantas personas como faltaban (V. ESPINEL)*.

89. Hemos tratado recientemente de este aspecto, en nuestro estudio sobre *El subjuntivo de subordinación en las lenguas romances y especialmente en iberorrománico*, «Revista de Filología Española», XXXVII, 1953, pp. 95-129; por lo mismo, sólo presentamos muy esquemáticamente este aspecto; para más detalles, puede consultarse el citado estudio.

canten; ant. *me plaze que fizo* (*Cid*), sustituido en la actualidad por: *me place que haya hecho*. La sustitución del antiguo indicativo por el subjuntivo moderno no ha sido tarea sencilla en la lengua castellana: todavía los textos del siglo de oro muestran vacilaciones, pero finalmente la lengua moderna ha establecido unos usos modales ya definitivos.

El catalán participa de la misma tendencia a señalar la subordinación mediante los usos subjuntivos, pero, como siempre, con un retraso de siglos: la literatura antigua presenta, por lo regular, el indicativo bien mantenido: *quan lo sabràs*; *quan haurets haüt vostre acort*, etc. Partiendo de la construcción clásica, la lengua literaria moderna, y, con ella, la gramática normativa vigente, preceptúan el uso del futuro en casos como los indicados (*quan ho sabràs*). El futuro es popular en algunos dialectos, como el balear y sobre todo el valenciano; sin embargo, en el resto del dominio hay que reconocer que ha desaparecido por completo, sustituido por el modo subjuntivo (*quan ho sàpigues*). Construcciones con el subjuntivo se encuentran alguna que otra vez en catalán medieval (*quan vingua*, frente al predominante *quan vindrà*), y hemos de ver en estos escasos ejemplos unos fugaces avances de ese proceso general románico, que se impone antes en castellano, pero que en el propio catalán ya se insinúa en épocas en que la solución habitual es todavía la de indicativo. Registramos, pues, una vez más, un proceso sintáctico que, cancelado hace ya siglos en castellano, sólo en la época actual está venciendo en la lengua catalana, y que tardará aún mucho tiempo en extenderse por completo a todo el dominio lingüístico.

5. *Los adverbios pronominales* ⁹⁰.

Continuando una tendencia latino-vulgar, varios adverbios originarios se usan con valor de pronombres en las principales lenguas románicas, y así encontramos el cast. ant. *y-ende* y el cat. *hi-en*. El castellano recibe la herencia latina de los complementos pronominalo-adverbiales, y esto determina que formen parte de la lengua, de suerte que los complementos aparecen en sus manifestaciones medievales. Pero se nota en seguida un nuevo rasgo específico del castellano hacia la supresión de esos complementos: el examen de los valores significativos de *y-ende* (más pobres que en las otras lenguas románicas), y de su colocación con respecto al verbo (lo cual hace que no siempre sean elementos oracionales átonos, como son en general en la Roma-

90. Véase, en general, nuestro libro *Los complementos pronominalo-adverbiales derivados de IBI e INDE en la Península Ibérica*, Madrid, 1947, 263 pp.

nia), provoca la concurrencia de varios adverbios y locuciones pronominales fijamente tónicos⁹¹; ello hace que, en realidad, los adverbios pronominales no se vean nunca completamente arraigados, que den la impresión de menos espontáneos en castellano que en las demás lenguas románicas. Es que se prepara el clima para otra singularización castellana, la cual no se hace esperar, y, a lo largo del siglo XV, desaparecen de esta lengua los antiguos adverbios pronominales *y-ende*. En cambio, el catalán, que ya ofrece un uso medieval pleno y arraigado de los adverbios *hi-en* en construcción pronominal átona, mantiene todavía hoy sus valores y empleos, sin asomo de decadencia, en la lengua escrita y hablada, común y dialectal (con la única excepción del valenciano, que modernamente ha visto limitado el campo de estos adverbios).

6. Otros aspectos.

La lista de paralelismos sintácticos catalano-castellanos en la época medieval, paralelismos luego deshechos por la sistemática superación castellana de cada caso, podría alargarse mucho más. Aquí no se trata, sin embargo, de inventariar más o menos paralelismos, sino de ejemplificar, con algunos, nuestra tesis sobre la sintaxis evolutiva catalana, más lenta, en general, que la castellana. Los casos presentados hasta aquí lo demuestran cumplidamente. A continuación insertamos sólo un sumario de otros tipos sintácticos, aludidos ahora brevemente, que pensamos desarrollar en otra ocasión, y que aquí vienen a confirmar nuestra exposición.

El uso de los relativos *qui*, *el qui*, así como el interrogativo *qui*, es normal en castellano antiguo, como en todas las lenguas románicas. Sin embargo, el castellano inicia en seguida el consabido proceso de superación que acaba por suprimir las antiguas formas, las cuales perviven, en toda la plenitud de su uso, en el catalán antiguo y moderno, común y dialectal⁹². En los numerales, destaca el cast. ant. *todos tres*, perfectamente idéntico al cat. ant. y mod. *tots tres*, que, en cambio, ya no pervive en castellano de hoy⁹³.

En el uso de las preposiciones, recuérdese la mayor aplicación que

91. En el caso de *y*, los concurrentes son *allí*, *allá*; en el de *ende*, son *de ello*, *y de allí*, *de ella*, etc.; véase *Los complementos*, op. cit., § 76, p. 130.

92. FEDERICO HANSEN, *Gramática Histórica de la lengua castellana*, Halle, 1913; 2.^a ed. (reprod. fotogr. de la 1.^a), Buenos Aires, 1945, § 544, pp. 212-213; R. MENÉNDEZ PIDAL, *Cantar de Mio Cid*, op. cit., I, § 141, pp. 332-333; A. PAR, *Qui y que en la Península Ibérica*, «Revista de Filología Española», XIII, 1926, pp. 337-349; XVI, 1929, pp. 1-34, 113-147; XVIII, 1931, pp. 225-234.

93. F. HANSEN, *Gram. hist.*, op. cit., § 557, pp. 217-218.

hacía el castellano antiguo de *a*, frente a la moderna *en*. La preposición *a* es locativa de reposo en castellano antiguo y clásico ⁹⁴: *posaré a San Serván; Anselmo, ...que vivía a San Juan; Mora a la Merced* (LOPE DE VEGA); *¿A dónde vive? — a la Puerta de Guadaluajara* (TIRSO DE MOLINA); *entrar a y entrar en* coexistían en español antiguo, pero luego ha ido predominando el segundo, etc. Todos estos casos se resuelven, todavía hoy, con *a* en catalán: *a casa, entrar a*, etc.

En castellano antiguo, los adverbios podían ser usados, sin ningún otro nexo gramatical, como preposiciones; recuérdense algunos ejemplos, medievales y clásicos ⁹⁵: *dentro villa, cerca Valencia, delante su mugier, de iusso los vestidos, delant el su altar, dentro cierto tiempo, debajo los pies, cerca la vuestra viña, delante mis ojos*, etc.; en general, como preposiciones, estos adverbios escasean en el siglo XVI, y ya antes iban siendo sustituidos por perífrasis de adverbio + preposición *de*, que es el tipo sintáctico actual: *dentro de la villa*, etc. La construcción típica catalana se basa, como es sabido, en los adverbios sin nexo preposicional, con valor de preposición; éste es el uso clásico, mantenido hoy dialectalmente, y el que recomienda la gramática preceptiva vigente: *dintre la casa, davant el president*. Hay que reconocer, no obstante, que el habla corriente emplea siempre las locuciones prepositivas de adverbio + preposición (*dintre de la casa, davant del president*), no precisamente incorrectas, pero sí menos genuinas que las de adverbio solo, precipitando ahora la consumación de un proceso en catalán, que el castellano tiene ya resuelto desde el siglo XVI.

Finalmente, un solo ejemplo del rico campo de las conjunciones. En castellano antiguo, *porque*, además de ser, como todavía hoy, causal, podía emplearse asimismo como final: *si cerraren los ojos porque no vean nada* (BERCEO) ⁹⁶, mientras que actualmente sólo tiene valor causal; pero en catalán, antiguo y moderno, *perquè* sigue manteniendo ambos matices: *no ho pot fer perquè no té temps; t'ho dic perquè li ho facis saber* ⁹⁷.

Por tanto, una rápida ojeada a otros varios aspectos de la sintaxis

94. Véase R. MENÉNDEZ PIDAL, *Cantar de Mio Cid*, op. cit., p. 376; V. GARCÍA DE DIEGO, *Gram. hist. esp.*, op. cit., pp. 368-369; el ejemplo dialogado es de *Don Gál de las calzas verdes*, de TIRSO DE MOLINA, acto II, escena X.

95. Ejemplos en R. MENÉNDEZ PIDAL, *Cantar de Mio Cid*, op. cit., I, p. 388; F. HANSEN, *Gram. hist.*, op. cit., § 733, pp. 314-315; V. GARCÍA DE DIEGO, *Gram. hist. esp.*, op. cit., pp. 369, 371.

96. Cit. en F. HANSEN, *Gram. hist. esp.*, op. cit., § 651, p. 276.

97. En realidad, el hablante catalán no tiene hoy conciencia de esa identidad; comp. la conj. *per a que*, que tanto se escribe, incorrectamente, como final, probable calco del cast. *para que*.

no hace sino confirmar lo que habíamos ido estableciendo antes : a menudo hay, en la sintaxis medieval, evidentes coincidencias en los tratamientos de catalán y castellano ; si ulteriormente fallan las coincidencias, las más de las veces se debe a que el castellano ha superado, con su marcha evolutiva más viva, las antiguas construcciones, mientras que el catalán, más lento en su caminar, mantiene durante siglos las figuras tradicionales, y sólo en su fase actual presenta las inevitables modificaciones inherentes a toda lengua viva.

INTERPRETACIÓN

Llegados ya al final de nuestra exposición, es hora de que resumanos y recapitemos sobre los datos aducidos, y de que procuremos dirigirlos hacia unas conclusiones.

1. Las lenguas catalana y castellana, procedentes ambas del latín hablado, pertenecen, además, a un mismo grupo de las lenguas románicas, el grupo de la llamada Romania Occidental. Este grupo, que en principio comprende el francés, el provenzal, el catalán, el castellano y el portugués, posee una serie de características propias. Pero, así que queremos ahondar en ellas, para precisar peculiaridades lingüísticas, nos vemos obligados a separar el francés de todo el conjunto, por sus tratamientos tan específicos y singulares, que, por otra parte, encuentran suficiente justificación del lado histórico.

2. El grupo resultante, de los romances occidentales menos el francés, nos aparece como más coherente y unitario, por su común solución a importantes fenómenos evolutivos. Dentro de grupo tan coherente y unitario, el buscar específicas afinidades del catalán con sus vecinos del norte o del oeste, no ha de tener la importancia que muchos le habían atribuído.

3. En el seno del mencionado grupo, que, además, es eminentemente conservador y fiel al latín originario, hay que considerar aparte el castellano ; éste se opone al resto (provenzal, catalán, aragonés, leonés, portugués) con unos cuantos rasgos diferenciales propios, suficientemente importantes para establecer una nueva lengua apartadiza ; la escisión del castellano viene también explicada por razones históricas.

4. La separación del castellano del grupo occidental, por sus rasgos más originales y más apartados de la base latina, implica una

bifurcación inicial entre catalán y castellano: el catalán opone, a esos rasgos, soluciones más generales en la Romania occidental. Desde este punto de vista ya queda claro el carácter más conservador, más arcaizante y menos evolucionado del catalán con respecto al castellano.

5. Pero, además de la separación originaria entre las dos lenguas, en relación con unos cuantos rasgos esenciales, otras razones vienen a confirmar la tesis del mayor arcaísmo del catalán, y ahora ya no en fenómenos sólo de la etapa inicial románica, sino en el uso histórico de las lenguas, a partir de su misma constitución como tales entidades.

6. Desde este nuevo punto de vista, hemos examinado una serie de evoluciones de sonidos, de formas y de la frase, en catalán y castellano. Estados de lengua que eran típicos del castellano primitivo (y equivalentes entonces de los catalanes correspondientes), han sido superados por fases ulteriores de la lengua castellana, rompiendo así la antigua comunidad catalano-castellana; el catalán, en efecto, más lento en sus transformaciones, ha conservado durante siglos aquellos estados de lengua, manifestándose claramente arcaizante con respecto al dinámico castellano, y sólo hoy va llegando a resultados en los que el castellano se encuentra asentado desde hace largo tiempo.

DISCURSO DE CONTESTACIÓN
DEL
DR. DON LUIS PERICOT GARCÍA

SEÑORES ACADÉMICOS :

Una doble satisfacción me embarga al cumplir por vez primera con este rito de la respuesta al discurso de ingreso de un académico. Por una parte, el gozo de ver llegar a nuestro cenáculo, para ir llenando los vacíos que el tiempo abre con su implacable marcha en nuestro seno, a jóvenes y ya ilustres profesores e investigadores como el Dr. D. Antonio Badía Margarit, a quien hoy recibimos. Por otra, el de sentirme, como Decano de la Facultad de Filosofía y Letras, orgulloso de que entre nuestros profesores figuren algunos tan jóvenes todavía y de tanta madurez intelectual como el recipiendario.

Las etapas de eclosión de un nuevo valor científico constituyen uno de los grandes placeres que reserva la faceta paternal del maestro. Se ve llegar a las aulas al joven estudiante — poco más que un adolescente — y pronto se advierten en él condiciones intelectuales excelsas. Se observa su desarrollo a través de las distintas asignaturas y cursos. Pronto el instinto de profesores y compañeros le predestinan a la carrera pedagógica. Cuando corona sus estudios con las más brillantes notas, es llamado enseguida como ayudante de alguna de las cátedras por las que mayor afición ha mostrado y se le ve trabajar en la tesis doctoral, iniciar sus salidas al extranjero, dar sus primeras clases, publicar sus primeros artículos científicos. La vocación está ya decidida y si las circunstancias son favorables, a la ayudantía sigue una plaza de profesor adjunto y a ella, por fin, la meta soñada, la oposición a una cátedra y el triunfo. Si ésta le lleva a nuestro joven a la Universidad propia, el ciclo es perfecto y puede serlo tanto que incluso nuestro joven profesor busque a la que ha de ser compañera de su vida, sin cuya acertada elección todo equilibrio espiritual se truncaría, en el seno mismo de su Escuela.

Pues bien, ese tipo ideal de carrera escolar, que uno desearía para los seres más queridos, la ha cubierto nuestro recipiendario desde el año 1939, en que ingresó en las aulas de nuestra Facultad, hasta junio de 1948 en que ganó la cátedra de Gramática Histórica de la lengua española en la misma.

El profesor Antonio María Badía Margarit nació en Barcelona en 30 de mayo de 1920. Educado en la Escuela Blanquerna, donde también estudió el bachillerato, ingresó en la Universidad en la ava-

lancha que la paralización de estudios durante varios años produjo a raíz de la Liberación y en la que pronto destacó. Sus aficiones le inclinaron hacia las materias lingüísticas y así no dudó, pasados los estudios comunes, en elegir su camino definitivo. Sus profesores se dieron cuenta, desde el primer día, de su excelencia como alumno.

En junio de 1943 se licenció en Filología románica, y en septiembre lograba, tras las oposiciones de rigor, el premio extraordinario. Que su camino estaba firmemente trazado lo prueba el que dos años después se doctoraba en Madrid con la calificación de sobresaliente, que coronaba en noviembre de 1945 con el premio extraordinario de Doctorado.

Entretanto había sido nombrado, en octubre de 1943, ayudante de la Facultad, y pocos meses después, en febrero de 1944, ganaba por oposición la plaza de profesor auxiliar temporal, que le daba ya un puesto en el profesorado. Este nombramiento se convirtió, en febrero de 1948, en el de profesor adjunto, cargo que desempeñó poco tiempo, pues en mayo de dicho año, en brillantes oposiciones, alcanzó tras la rápida carrera descrita la cátedra que ahora ocupa.

La consecución de la cátedra no puso un freno, como tantas veces ocurre, a esa trepidante actividad. El contacto con la ciencia extranjera había sido constante desde que en el verano de 1945 siguió un curso en la universidad lusa de Coimbra. En el invierno de 1950 fué la universidad de Zurich la que pudo transmitirle el espíritu de la magnífica escuela de romanistas que el país helvético ha producido.

Una serie de congresos en España y en el extranjero han sido palenque para sus notables aportaciones científicas. De ellos citaremos tan sólo dos, en los que ha sido uno de los promotores u organizadores. El VII Internacional de Lingüística Románica, que por celebrarse en Barcelona, en abril de 1953, cargó en buena parte sobre sus hombros, y el V Internacional de Ciencias Onomásticas celebrado en Salamanca en abril de este año.

Paralelamente a sus viajes de estudio al extranjero, entraba en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 1943, como becario, primero, como colaborador, más tarde, y, finalmente, desde 1949, como jefe de la sección de Lengua española del Instituto Antonio de Nebrija, en Barcelona. En 1948, el propio Consejo otorgaba el premio Antonio de Nebrija a su trabajo sobre el habla del valle de Bielsa.

Diversas entidades científicas le llamaron a su seno, entre ellas el Centre International de Dialectologie Générale (1952) y la Societé de Linguistique romane (1953). Y en 1953 el Ministerio de Educación Nacional premiaba tantos esfuerzos por la cultura patria, concedién-

dole el ingreso en la Orden de Alfonso X el Sabio con la categoría de Comendador.

Su actividad le llevó a participar activamente, desde 1944, en los diversos cursos de verano organizados por la Universidad de Barcelona y en otras universidades españolas. En 1954 fué llamado a Madrid para profesar un cursillo en la cátedra Boscán y varias ciudades extranjeras: Lyon, Dijon, Zürich y Estrasburgo han escuchado su docta palabra.

Toda esta actividad cultural tiene su paralelo en una larga serie de publicaciones desde su primer artículo en la Revista de Filología española, en 1944, al que tan modestamente alude en su discurso.

La larga lista de sus artículos y publicaciones diversas va adjunta. Quisiéramos destacar tan sólo algunos artículos que son reveladores de la tendencia y de los campos de trabajo de nuestro novel académico.

Así citaremos «Los complementos pronominalo-adverbiales derivados de IBI e INDE en la Península Ibérica» (Madrid, 1947); «Contribución al vocabulario aragonés moderno» (Zaragoza, 1948); los «Estudios de Fonética y Fonología catalanas», en colaboración con Armando de Lacerda (Madrid, 1948); «Sobre morfología dialectal aragonesa», uno de los varios artículos publicados en nuestro Boletín en 1947; su magnífica monografía sobre «El Habla del valle de Bielsa, Pirineo Aragonés», que le valió el premio Antonio de Nebrija del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en 1948. Excelente es su manual «Gramática Histórica Catalana» (Barcelona, 1951), que patentiza sus condiciones como divulgador. Anotemos, para terminar, sus notas sobre el Atlas lingüístico de Cataluña o el Corpus de Toponimia catalana, sus numerosos artículos sobre temas de lingüística catalana, aragonesa o española en general.

Hoy se puede considerar al Dr. Badía Margarit como digno heredero de la gloriosa tradición filológica de la escuela de Barcelona, que tantos excelsos representantes tuvo en esta Real Academia. Y a su vez se le debe considerar como cabeza, con sus numerosos discípulos, de una escuela barcelonesa renovada con la adopción de los métodos y puntos de vista más modernos. Y la que ha de ser — en cuanto es humanamente previsible — una larga maestría será, sin duda, muy fecunda en este respecto.

Pues otra cualidad muy preciada converge en nuestro recipiendario. Su bondad personal y su excelso espíritu de maestro. No creo que ninguno de mis colegas de Facultad se molestará si digo que el Dr. Badía es uno de los profesores más queridos por sus alumnos. Su innata bondad, que nada tiene que ver con blanduras perjudiciales

en la disciplina de clase o de exámenes, habría ya de granjearle las simpatías del alumnado. Pero es que, además, no le bastan al doctor Badía las horas que pasa en la Universidad en contacto con sus discípulos. Con frecuencia sale con ellos al campo y así su grupo es el de más intensa vida social universitaria. En nuestras excursiones de la Facultad, la silueta del Dr. Badía, dirigiendo los cantos de los escolares o animando con su incansable sentido de la sana alegría los ánimos en los momentos de cansancio, es un elemento indispensable.

Así sus méritos como persona son tan grandes como los que puede ostentar como investigador y erudito. Y aunque estoy aquí para ensalzar estos últimos, que son los que le han abierto las puertas de esta Real Academia, os confesaré en secreto que le aprecio más aún por sus valores humanos.

De la madurez a que ha llegado el profesor Badía es una bella muestra el discurso que acabáis de oír. A su riqueza de argumentación une la visión aguda de los problemas y la capacidad de síntesis, que aliada a una ponderación prudente de las hipótesis y en la valoración de los resultados, no puede lograrse, por lo general, sino tras muchos años de dedicación a una ciencia.

Bien quisiera poder comentar sus argumentos y sus deducciones, pues en su discurso se plantea el profesor Badía una cuestión largamente debatida y cuyo interés trasciende del círculo de los especialistas, pues afecta al historiador en general y especialmente al aficionado a la historia antigua, prerromana, de la Europa occidental. En el fondo responde al obsesionante dilema que la Historia de España primitiva tiene planteado desde los tiempos más remotos del poblamiento peninsular. Norte y Sur se disputan la hegemonía del suelo español y nos preguntamos hacia dónde han mirado nuestras culturas, de dónde han venido nuestras gentes, qué sentido tiene la primera concreción de unidad social.

Pero nuestra propia especialización no nos permite este análisis y habremos de limitarnos a reflejar la reacción que en un prehistoriador producen los estudios y consideraciones de un historiador de la lengua.

La especialidad a que ha consagrado su vida el profesor Badía es una de las más fascinadoras. Entre los elementos de la cultura nin-

guno hay tan emotivo, tan completo por abarcar toda la espiritualidad humana, como el lenguaje. Y el lenguaje es el que más se resiste a la indagación del erudito que intenta reconstruir la evolución de los pueblos y culturas.

Entre las miserias de la Prehistoria a que yo un día aludí desde este mismo lugar, pocas lo son tanto como nuestro desconocimiento de las etapas de formación del lenguaje. ¿Poseía un lenguaje elaborado el hombre de Neandertal? ¿Lo poseían sus antecesores de las primeras épocas glaciares? ¿Qué tipo de lenguaje rudimentario poseerían los pitecantropidos? Tremendos enigmas a los que nunca se podrá contestar, pues ni excavaciones ni fósiles de ninguna especie nos devolverán una sola palabra, un solo sonido, de las que el aire se llevó hace cientos de miles de años.

Una cosa parece hoy segura. El hombre del Paleolítico superior, el artista de Altamira, prendido en los recónditos misterios del totemismo y de la magia, hablaba ya una lengua bien formada, que se hallaría lógicamente al nivel de la lengua de los bosquimanos actuales. Es probable que, como muchos quieren, éstos fueran los primeros hombres con lenguaje desarrollado, pues no se explicaría sin el uso de un idioma ya bastante perfecto el progreso social y espiritual que representa el Paleolítico superior. No podemos olvidar que dada la importancia que estas gentes tuvieron en España, donde durante 10.000 años, por lo menos, fueron señores absolutos y el que muchos han creído que aquellos forman por lo menos una de las raíces del vasco actual, en esta primera habla española podrían encontrarse las raíces de los fenómenos lingüísticos más arcaicos que el investigador moderno puede rastrear todavía hoy, los restos del más vetusto substrato.

Después, nuestra población se alimenta de diversas corrientes, pero conservándose siempre una unidad cultural de las tierras mediterráneas occidentales desde Valencia hasta Liguria. Esta unidad cultural nos importa, pues es probable que esconda una unidad lingüística.

Si la cultura de Almería llevó hasta Cataluña el reflejo africano, más o menos camita, hoy no cabe dudar que otras corrientes llegaron del centro o del oriente de Europa con el Neolítico. Por entonces pudieron llegar los protovascos con el elemento caucásico de su lengua hasta el Pirineo. El juego de las dos corrientes ya no se habría de interrumpir para nuestras tierras. A la gran oleada de indoeuropeización, al final de la Edad del Bronce, indiscutible aporte nórdico, responde poco después la iberización que alcanza el sur de Francia como intentando recubrir la vieja unidad mediterránea occidental.

De igual manera que más tarde a la invasión germánica responderá la expansión árabe.

Existía, pues, un substrato preindoeuropeo en Cataluña con raíces ya muy complicadas y para el que sería difícil decir si estuvo más influido por el ibérico o por la oleada indoeuropea, que si tuviéramos que juzgar por los estilos cerámicos en boga supondríamos avasalladora. Sin duda Cataluña, por su situación, estuvo más en contacto con las influencias exteriores y su relación con el mundo mediterráneo fué más intensa que las comarcas del interior. Especialmente la Meseta recibió con mayor fuerza el impacto de las primeras oleadas de indoeuropeización, como más tarde fué más intensa en ella la ocupación germánica en el momento de la invasión de los bárbaros.

El substrato lingüístico de esta parte de las costas mediterráneas era, pues, peculiar y al influir en el proceso de formación de las lenguas romances había de dar también un resultado peculiar. Este resultado, el catalán, no puede, pues, ser calificado ni de iberorromano ni de galorromano, sino que podríamos calificarle mejor de liguro-romano, dando a la palabra ligur no el sentido que hoy suele tener entre los lingüistas de una lengua más o menos indoeuropeizada, sino el de la lengua del pueblo que desde el Paleolítico mantenía esa unidad cultural que hemos señalado para la zona costera desde Valencia hasta el límite de la Liguria italiana por lo menos.

Esta sería la conclusión a que llegaría un prehistoriador y que naturalmente no es obstáculo a que los filólogos sigan discutiendo si el producto de este proceso étnico-lingüístico ha nacido con mayor número de parecidos con sus parientes del Sur o con los del Norte.

Tales resultados están de acuerdo con un cierto criterio autoctonista que hoy está de moda en la reconstrucción del remoto pasado étnico y se avienen perfectamente con las tesis de Amado Alonso y con las que Badía defiende en su importante discurso. Las tierras donde se hablan el provenzal (y añadiríamos nosotros los dialectos ligures del italiano) y los dialectos romances de España excepto el castellano, forman una unidad con el dominio catalán que se debe a su común substrato. Mientras el castellano y el francés, surgidos en comarcas donde la indoeuropeización desde fines de la Edad del Bronce hasta comienzos de la Edad Media, tuvo aspectos de mayor intensidad y en las que surgieron otros factores, que no hemos de analizar, y que explicarían su fortuna histórica, realizaron a mayor velocidad las transformaciones que les apartaron de las fases arcaicas del romance.

No es inverosímil, sino muy al contrario, que el catalán responda a recónditas y olvidadas tradiciones prehistóricas, pues hemos de

pensar que cuando empezó a formarse eran recientes, de pocas generaciones, las lenguas neolíticas y sabemos lo vivaces que son las hablas de comarcas aisladas lejos de centros culturales. Prehistoriadores, etnólogos y antropólogos, hemos aprendido, a costa de innumerables tropiezos y fracasos, la complicación inextricable de nuestras raíces. Hago votos por que el nuevo académico insista en bucear en las más vetustas capas lingüísticas de nuestra tierra y sus hallazgos nos ayuden y vistan, con la poesía que sólo la palabra puede dar, la aridez de nuestros cacharros y de nuestras piedras.

Y voy a terminar. Mucho cabe esperar de la juventud, vocación y talento del nuevo académico. Felicito a la Real Academia de Buenas Letras por contar desde ahora con este fuerte eslabón de su cadena de dos siglos, cadena formada por los más ilustres cultivadores de las Letras que Barcelona ha albergado en los últimos doscientos años. Y me felicito de haber tenido el privilegio de apadrinarlo en este solemne acto. Sea bienvenido a esta casa el Dr. D. Antonio María Badía Margarit.

BIBLIOGRAFÍA DE ANTONIO M.^a BADÍA MARGARIT

- Algunas notas sobre la lengua de Juan Fernández de Heredia.* «Revista de Filología Española», tomo XXVIII, cuad. 2.º y 3.º; año 1944, páginas 177-189.
- Los complementos pronominalo-adverbiales derivados de IBI e INDE en la Península Ibérica.* Madrid 1947 (C.S.I.C.). «Revista de Filología Española». Anejo XXXVIII, 281 págs.
- Contribución al Vocabulario aragonés moderno.* Monografías de la Estación de Estudios Pirenaicos. Zaragoza, 1948 (tomo 8). Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 208 págs.
- Estudios de fonética y fonología catalanas,* en colaboración con Armando de Lacerda. Madrid, 1948 (C.S.I.C.). (F. Rodríguez, imp. Barcelona), 161 págs., 16 figs.
- Sobre morfología dialectal aragonesa.* «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XX, 1947. Páginas 57 a 123. [Separatas numeración: páginas (1)-(67)].
- Ensayo de una sintaxis histórica de tiempos: I. El pretérito imperfecto de indicativo.* — Separata del Boletín de la Real Academia Española: tomo XXVIII (mayo-agosto; septiembre-diciembre 1948), y tomo XXIX (enero-abril 1949). Madrid, S. Aguirre, 1949, 55 págs.
- M A L «roca» en la toponimia pirenaica catalana.* — Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Zaragoza, 1949. Separata de «Actas de la Primera Reunión de Toponimia Pirenaica. Jaca, 1948». Págs. 35 a 58.
- El habla del Valle de Bielsa (Pirineo Aragonés).* — Premio «Antonio de Nebrija», 1948. — Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Estudios Pirenaicos. Monografías del Instituto de Estudios Pirenaicos: Filología, 8; núm. general, 35. Barcelona, 1950, 364 págs.
- «Regles de esquivar vocables o mots grossers o pagestivols». Unas normas del siglo XV sobre pureza de la lengua catalana. I.* — «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXIII, 2.º cuad., año 1950, págs. 137-152 ([1]-[16]).
- «Regles per esquivar vocables o mots grossers o pagestivols». Unas normas del siglo XV sobre pureza de la lengua catalana. II - Fonética del texto.* «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXIV, años 1951-1952, páginas 83-116 ([1]-[34]).
- «Regles de esquivar vocables o mots grossers o pagestivols». Unas normas del siglo XV sobre pureza de la lengua catalana. III - Morfología y sintaxis.* «Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», XXV, 1953, págs. 145-163.

- L'extension du toponyme pré-roman NAVA dans la Péninsule Ibérique.* — «Mélanges de linguistique offerts à Albert Dauzat... par ses élèves et ses amis». Paris, 1951, Editions d'Artrey, págs. 33-39.
- Sobre «ibi» e «inde» en las lenguas de la Península Ibérica.* «Revista de Filología Española», XXXV, 1951, c^o. 1-2, págs. 62-74.
- Aspects méthodologiques de la contribution de la botanique à la toponymie.* «Troisième Congrès International de Toponymie & d'Anthroponymie», vol. III: Actes et Mémoires. Louvain (Centre International d'Onomastique), 1951, págs. 525-546.
- Gramática histórica catalana.* Barcelona, 1951, Ed. Noguer, S. A. 388 págs.
- Los demostrativos y los verbos de movimiento en iberorrománico.* «Estudios dedicados a Menéndez Pidal», tomo III. Madrid, 1952 (C.S.I.C., Patronato M. Pelayo), págs. 3-31 (o [1]-[29]).
- Note sur le langage des femmes et la méthode d'enquête dialectologique.* «Orbis, Bulletin International de Documentation Linguistique», I, 1^o, 1952, págs. 15-18.
- Le suffixe -UI dans la toponymie pyrénéenne catalane.* «Mélanges de Philologie Romane offerts à M. Karl Michaëlsson par ses amis et ses élèves», Göteborg, 1952, págs. 31-37.
- Atlas linguistique du domaine catalan.* I - Orientation méthodologique — en colaboración con G. Colon (Université de Barcelone) — «Orbis», I, núm. 2, 1952, Louvain, págs. 403-409 (Section «IV. Enquêtes linguistiques»).
- L'«Atlas lingüístic de Catalunya» i el problema de la sibilant sonora -s- (fon. z), procedent del llatí -D- (i de -c^{el}, -ty).* «Revista Valenciana de Filología», tomo II, núm. 1, enero-marzo 1952, Valencia, págs. 7-32.
- Sobre metodología de la encuesta dialectal.* Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Primer Congreso Internacional del Pirineo del Instituto de Estudios Pirenaicos. Zaragoza, 1952. Filología 15. Núm. general 92; 32 págs. Publ. también en «Actas del I Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos», tomo VII, Zaragoza, 1952.
- La dialectologie et la géographie linguistique au VIIème Congrès International de Linguistique Romane.* En colaboración con A. Griera-F. Udina. Orbis, II, núm. 1, 1953, Louvain, págs. 237-242 (Section «VIII Congrès»).
- Anglicisms in the Catalan Language of Menorca.* «English Studies», volume XXXIV, number 6 (1953), «Dieth Anniversary Number: 1893-1953», págs. 279-282.
- Corpus de Toponimia Catalana. Memoria de los trabajos realizados en el período 1948-1952,* en colaboración con Francisco Marsá. «Pirineos», VIII, núm. 25 (julio-septiembre 1952), págs. 519-533.
- Le «Corpus de Toponimia Catalana». Rapport sur les travaux de la période 1948-1952.* En colaboración con F. Marsá, «Onoma», III, 1952, págs. 51-55.
- Catalan Language.* «Encyclopedia Americana», 1954, vol. VI, págs. 35-37. New York, Americana Corporation, publ.
- Toponymie et histoire dans le «Chemin de Saint Jacques» en Espagne.* «Quatrième Congrès International de Sciences Onomastiques, Uppsala, 1952», II: Actes et Mémoires, Lund, 1954, págs. 143-158.

- Sobre algunos nombres de plantas en aragonés (a propósito de un reciente libro de J. Séguy).* «Via Domitia» I, mai 1954 («Annales publiées par la Faculté des Lettres de Toulouse», 3ème année, fasc. 4), págs. 31-40.
- ALCALDE. *Difusión de un arabismo en catalán.* «Homenaje a Millás-Vallicrosa», vol. I. Barcelona, 1954, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, págs. 67-82.
- El subjuntivo de subordinación en las lenguas romances y especialmente en iberorrománico.* «Revista de Filología Española», XXXVII, 1953, págs. 95-129.
- Sobre las interpretaciones del verso 20 del Cantar de Mio Cid.* «Miscelánea Filológica en Memoria de Amado Alonso» (=«Archivum», Oviedo, tomo IV, 1954), Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Oviedo, págs. 149-165.
- Els orígens de la frase catalana.* Discurs llegit en la sessió inaugural del curs 1951-1952, de la Societat Catalana d'Estudis Històrics, «Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans», 1952, any XLV de la seva fundació, Barcelona, 1954, págs. 43-54.
- Sobre los extranjerismos léxicos en el aragonés de Juan Fernández de Heredia.* «Homenaje a Fritz Krüger», tomo II, págs. 193-197. Mendoza, 1954, Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras.
- Les dérivés phonétiques et sémantiques du lat. FERIRE en ibéroroman.* «Revue de Linguistique Romane». XIX, núms. 73-74, 1955, págs. 39-58.
- Ramificacions semàntiques del cat. «bregar».* «Miscelánea Filológica dedicada a Mons. A. Griera», I, Barcelona, 1955, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 39-54.